EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LÍRICAS

# JUAN MARTIN EL EMPECINADO

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

FERRER Y CUARTERO



MADRID
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
Oficinas, Pozas, 2, segundo.
1881

# JUAN MARTIN

# EL

# EMPECINADO

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

FERRER Y CUARTERO



MADRID: 1881

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA

Caños, 1.

## PERSONAJES.

—

DAMIANA LA CANTINERA.
LUCÍA.
JUAN MARTIN EL EMPECINADO.
MATÍAS EL CUERVO.
BLAS PEROLES.
MOSEN-ANTON.
JUAN GARCÍA.
EL EMPECINADILLO.
EL GENERAL FRANCESKI.
OFICIAL 1.º
IDEM 2.º
GUERRILLERO 1.º
IDEM 2.º
IDEM 3.º
CENTINELA.
EL VERDUGO.
UN FRAILE.

Aldeanos, Guerrilleros, Voluntarios realistas, Hermanos de la Paz y Caridad, etc.

# ACTO PRIMERO.

—

El teatro representa la plaza de Aranda de Duero.

## ESCENA PRIMERA.

PEROLES. JUAN GARCÍA. EL CUERVO. ALDEANOS.

JUAN. Basta de voces y gritos,
que así no nos entendemos;
hable uno solo; tú, Blas.
PER. Pues atencion, que escomienzo.
TODOS. Ja! ja!
PER. Al que se ria,
de un puñetazo lo estrello;
yo soy muy bruto.
JUAN. No hagas
caso de ningun mastuerzo;
ya verás cómo nos siguen
todos los mozos del pueblo
en hablándoles al alma.
PER. Háblales tú; yo no quiero
cometer una torpeza,
que no sirvo para eso,
pues no diria mi boca
lo que concibo aquí dentro.

JUAN. Está bien, yo expresaré
á todos nuestro deseo.

CUERVO. Qué ocurre?

JUAN. Qué ha de ocurrir?
Que Madrid e tá revuelto,
que se nos llevan al rey,
que hace dias está preso,
desterrado á otra nacion
esos viles extranjeros.

PER. Cabales! Y yo *añido*
que los españoles *güenos*
le debemos rescatar
aunque pese al mundo entero.

JUAN. Pero, cómo?

PER. Por la fuerza,
que nadie resiste á eso.

CUERVO. Ellos son muchos!

PER. No importa,
pues así á más tocaremos,
y hemos de cazar franceses
como se cazan conejos.

CUERVO. Son aguerridos.

JUAN. Mejor;
si tienen duros los huesos,
tambien sabrán que los mozos
que son de Aranda de Duero
tienen alma y corazon
para derrotar su ejército.

CUERVO. Es una locura!

PER. Ca!
Aquí todos somos cuerdos.

CUERVO. España no puede nunca
resistir contra el imperio.

PER. Cobarde! Si no te callas
te voy á saltar los sesos.
No existe en el *mapa-mundi*,
y esto lo digo bien récio,
un soldado tan valiente
como los soldados nuestros;
y el que diga lo contrario
que salga un dia á mi encuentro
y ha de saber, vive Dios!

que los bravos y los buenos
sólo son hijos de España,
*y los demás extranjeros.*

**Juan.** Bravo, Blas! Tú eres el único
que sigues mi pátrio ejemplo;
deja que lloren cobardes
todos los mozos del pueblo
cuando vean al francés
cómo asalta sus graneros,
cuál vióla á sus mujeres,
cómo se sacia en los viejos,
cómo trata al pusilánime
que lleva marcado el miedo
sobre su amarillo rostro
há pocos dias risueño;
deja que lloren sus cuitas,
no escuches tristes lamentos (Al Cuervo)
y no digas que has nacido
nunca en Aranda de Duero;
dí sólo que eres de España,
que es la pátria de los buenos.

**Per.** Aquí llega Juan Martin.

**Juan.** Ese sirvió en el ejército
y quizá sea tambien
de la partida.

**Per.** Ese es nuestro;
si como él fuesen todos,
sin andarnos con rodeos,
esta tarde era la marcha.

## ESCENA II.

**Dichos, y Juan Martin.**

**J. Mart.** Buenas tardes, compañeros;
supongo que ya estareis
para pelear dispuestos?

**Cuervo.** Pues qué ocurre?

**J. Mart.** Poca cosa;
que al rey se le llevan preso.

**Juan.** Ya dijimos la noticia
y todos se hacen los suecos.

CUERVO. Como que es una locura!
J. MART. Cierra ya la boca, Cuervo,
que eres en esta ocasion
un ave de mal agüero.
CUERVO. Yo tengo bríos.
J. MART. Qué valen
tus bríos, ruin mastuerzo,
si tienes el corazon
por tu desgracia harto seco!
CUERVO. En el pueblo piensan todos
lo mismito que yo pienso.
PER. Juan Martin, pégale un tiro:
no oyes lo que está diciendo?
J. MART Déjale; que los malvados
sólo merecen desprecio.
JUAN. Al que es traidor se le mata,
y éste es un traidor.
CUERVO. Yo? Necio,
comprendes tú que no fuese
á la pelea dispuesto
si fuese solo?
JUAN. Qué importa;
no te dá su noble ejemplo
Juan Martin? El no se deja
en otro cercano pueblo
á su mujer, que está en vísperas
de tener alumbramiento?
CUERVO. Es que no piensa en la muerte.
J. MART Porque jamás tuve miedo,
porque soy español puro,
mientras que tú, fariseo,
andas metido entre faldas
como un chiquillo de pecho,
mientras están en peligro
los españoles terrenos;
nunca te pongas, jamás,
de mi vida en el sendero.
PER. Mírale cómo se marcha;
se vá el idiota riendo.
Mala vívora te pique,
ojalá te muerda un perro,
ó que te dé un colicazo

con pepinos de tu huerto,
y despues te coja un bruto
de esos gabachos soberbios
y en lugar de su caballo
tú le sirvas de camello.

J. Mart Déjale, Blas, no te apures;
estos seguirán mi ejemplo.
(Todos se marchan poco á poco).

Juan. Todos se ván!

## ESCENA III.

Juan Martin, Peroles y Juan García.

J. Mart No me importa;
quedais vosotros, yo quedo;
con tres hombres cual nosotros
se conquista el Universo.

Juan. Tú nos servirás de jefe;
el más profundo respeto
se guardará á tu persona,
y si acaso perecemos
dejaremos la semilla
de los valientes guerreros.

J. Mart Hermanos: vuestras palabras,
lisonjeras en extremo
me honran sobremanera;
gran cargo me dais, lo acepto,
y he de cumplir ¡vive Dios!
cual cumplen siempre los buenos:
de otro modo no aceptára,
que mi escaso entendimiento
no puede desempeñar
esos tan altos empleos.

Per. Tú ya serviste otra vez;
combatiste en el ejército
haciendo la gran campaña
del *Rosellon*.

Juan. Ya me acuerdo
que alababa todo el mundo
cuando volviste, tus hechos,
y por eso te respetan
todos los mozos del pueblo.

J. Mart. Yo no era más que un soldado,
y no contraje otro mérito
en la gloriosa jornada
que ir siempre de los primeros.
Juan. Eso nos basta á nosotros;
tú conoces el terreno
que pisas, vamos al caso,
es un decir, con tu celo
podremos matar franceses
sin esponer el pellejo.
Per. Valiente cosa le dices.
Y qué importa el esponerlo,
si cada gota de sangre
que se vierta defendiendo
á la española nacion
se gana un dia de cielo?
Juan. Pero si mueres, es claro
que habrá un español ménos
que se encuentre como tú
para pelear dispuesto.
J. Mart. Nada temais, camaradas.
Juan. Jamás supe lo que es miedo.
Per. No tengo apego á la vida.
J. Mart. Así me gusta, bien hecho;
vereis cómo en la campaña
nuestras vidas defendemos;
ya vereis cómo se agregan
los mozos de algunos pueblos,
y en poco tiempo formamos
un ejército soberbio;
y cuando yo ya me vea
al frente de algunos buenos,
empezaré ¡vive Dios!
por detener los correos,
y habremos de concluir
por derrotar los ejércitos,
Juan. Tu madre viene; me voy.
Per. Adios, Martin.
J. Mart. Hasta luego.

## ESCENA IV.

JUAN MARTIN. LUCÍA.

LUCIA. Qué vas hacer, hijo mio?
J. MART. Nada, madre; ir á luchar,
que no puedo soportar
del francés el torpe brío.
LUCÍA. Vas á morir!
J. MART. No me extraña.
Qué me importa perecer,
si es sólo por defender
la independencia de España?
No me jacto de valiente,
pero en mi rencor profundo,
no he de dejar por el mundo
ni un gabacho que lo cuente.
LUCÍA. Te ciega tu pátrio ardor;
dejas tu madre, tu esposa,
por ir á la guerra odiosa
vamos á perder tu amor.
J. MART. Mi pátria invade el francés;
qué importa perder la vida?
Mi pátria, madre querida,
vale algo más que los tres.
Y aún quieren quitar su brillo
á la española Nacion,
siendo cada hombre un leon
y cada casa un castillo?
No importa; ya de la lid
sonó el trueno ronco y seco,
y España responde al eco
de los hijos de Madrid.
Que ántes de sufrir la ley
que nos dicte su arrogancia,
haremos que sea Francia
esclava de nuestro rey.
LUCÍA. Hijo del alma!
J. MART. No llores,
que al ver ese triste llanto

vas aumentar mi quebranto
y hacer mis penas mayores.

**Lucía.** Temo suceda un revés.

**J. Mart.** No pienses que yo rehuya;
por cada lágrima tuya
he de matar un francés.
Y como encuentre ocasion,
he de traer con presteza
á este pueblo, la cabeza
del mismo Napoleon.
Así el águila altanera
no podrá estender su vuelo
bajo aqueste hermoso cielo
donde ví la luz primera.
Si yo de este pueblo emigro,
muy presto comprenderán
que ha nacido el pobre Juan
para arrostrar el peligro.
Y si una bala me alcanza
dejando mi cuerpo inerte,
notarán que ante la muerte
nunca perdí la esperanza.
Verán que soy esforzado,
que no me falta valor,
que he sido buen labrador,
buen español, buen soldado.
Que corrí en pós de la gloria
contra nacion enemiga,
y habrá una lágrima amiga
y un recuerdo á mi memoria!
Pero si aquí me quedára
guardando mi inútil pecho,
todos tendrian derecho
para escupirme á la cara.
Si atendiese á mi interés
y á mi cobarde egoismo,
quizá en este pueblo mismo
me tacharan de francés
Dirian que tanto alarde
de valor, era patraña;
en fin, diria mi España
que Juan Martin es cobarde.

LUCÍA. Hazte á todo indiferente.

J. MART. Fuera mil veces maldito,
llevando el oprobio escrito
como baldon en mi frente.
A todos seria odioso;
hasta mi esposa querida
huiria de mí enseguida,
cual se huye del leproso.
Y yo no sufro tal mengua,
porque me ciega el coraje:
nadie me hará á mí ese ultraje
sin arrancarle la lengua.
Juan García y Blas Peroles
contentos me seguirán;
todos al vernos dirán,
son tres bravos españoles.
Y me sobra ¡vive Dios!
para humillar la arrogancia
de la poderosa Francia,
tan sólo con esos dos.
Pues si en la lucha quizás
notan nuestros cuerpos yertos,
nos verán á todos muertos,
pero vencidos, jamás.

LUCÍA. Harás que el dolor taladre
mi sensible corazon.

J. MART. Yo debo el sér á mi madre,
y la sangre á mi nacion.

LUCÍA. Reflexiona que tu esposa
dará á lúz en breve un hijo;
por él no más!

J. MART. No transijo;
iré á la guerra odiosa.
Dadme el abrazo postrero;
no llores, mi buena anciana
aunque pase una semana
sin que vuelva el guerrillero.
Que pronto daremos fin
con ese francés osado
y otra vez vendrá á tu lado,
tu querido Juan Martin.

LUCÍA. Por convencerme te esfuerzas;

más todo es inútil, vano,
que ese ejército villano
tiene aquí sobradas fuerzas.

J. MART. Camino van de la gloria
los que con afán pelean;
cuantos más franceses sean,
mayor será la victoria.

## ESCENA V.

DICHOS. BLAS. PEROLES y JUAN GARCÍA.

JUAN. Bravo! bravo! Juan Martin,
así me gusta que seas.

J. MART. Y las armas?

PER. Preparadas
tenemos tres escopetas,
que en donde se apunta, paf,
va allí la bala derecha.
Al gabacho que yo encuentre
y se me ponga de cerca,
le meto el plomo en la boca;
y si se salva de esa,
irá contando por Francia
que soy un gran sacamuelas.

J. MART. Siempre de tan buen humor!

PER. Y no pienses que lo pierda,
que yo he nacido riendo
y es que no me asustan penas,
porque tengo mucha alma
y muy limpia la conciencia.

J. MART. Así me gusta; mas tú
estás triste, en qué piensas?

JUAN. En que aún estamos aquí
y hay ya muchos en la guerra.

J. MART. Tienes razon!
(A Lucía.) Qué valientes!

LUCÍA. Si, sí; valientes babiecas,
dar su sangre por un rey.

PER. Por un español!

LUCÍA. Simpleza.

PER. Pues si hubiera muchos simples

como yó, no se rieran
esos gabachos malditos
que son de mala ralea
y quieren triunfar de España
como si posible fuera
que ese pájaro negruzco
que llevan en sus banderas
aletargase al leon
que rompió récias cadenas,
mostrando su faz al mundo
en mil acciones diversas,
y el mundo entero tembló
al contemplar sn fiereza.

JUAN. Tú eres de los mios, Blas!

LUCÍA. En vano el coraje muestras.
Qué vas á hacer contra tantos?

PER. Toma, haré lo que se pueda;
con tal que yo mate alguno,
que me rompan la mollera;
no me importa sucumbir
de un balazo allá en la guerra,
si más de cuatro franceses
me llevan la delantera.

LUCÍA. Buen consuelo!

PER. Ya lo creo;
aquí el que no se consuela
es porque es tonto.

LUCÍA. Estúpido!

PER. Yo estúpido?

J. MART. Su imprudencia
perdona, Blas; es mi madre.

PER. Dices bien, que si otra fuera...

J. MART. Repara...

PER. No se hable más;
sé que el cariño la ciega,
y que al verte en este trance
la pobre sufre de veras,
pues quizá no llegue á verte.
No es verdad, mi pobre vieja?

LUCÍA. Así es!

PER. Está llorando?
Tengo el corazon de peña,

pero al mirar esas lágrimas
se me convierte en manteca
y hasta... Pues no lloro
como un chico de la escuela! (Pausa.)
Quédate, Juan; te lo ruego,
y este tambien te lo ruega. (á Juan.)
Qué haces ahí tan callado?

JUAN. Indigno y cobarde fuera
que yo dijera tal cosa.

PER. A que te rompo las muelas?
No sobramos tú y yo
*pa* vencer á esos babiecas?

JUAN. Tú?

PER. Yo, que soy muy bruto.

J. MART. Cesen ya vuestras peleas;
jamás consiento en quedarme;
yo voy gustoso á la guerra,
porque hoy peligra en España
nuestra santa independencia;
y no es español honrado,
ni tiene sangre en las venas,
quien vé á su pátria en peligro
y no acude á defenderla.

PER. Me has convencido!

JUAN. Nos vamos?

PER. Ya están las armas dispuestas.

LUCÍA. Hijo! hijo! no te vayas!

J. MART. Pronto estaremos de vuelta.

## ESCENA VI.

LUCÍA.

Vírgen de las Angustias,
oye mi duelo;
préstame en este instante
grato consuelo,
y haz que mi hijo
no perezca á las manos
del enemigo.
Tú que ejemplo en la tierra
de madres fuiste,

que mitigas el llanto
que vierte el triste.
Reina y señora,
á tí mi voz dirijo
ferviente ahora.
Sin tu ayuda no puedo
sufrir mas penas,
penas que al cuerpo matan
y al alma asedian,
porque adormecen
los sentidos del triste
que las padece.
Calma la ardiente cuita
de aquesta madre,
que vé como á la guerra
su hijo parte,
Ay! Madre mia!
no me abandones nunca.

## ESCENA VII.

LUCÍA. EL CUERVO.

CUERVO. Tu voz fué oida.
LUCÍA. Quién va?
CUERVO. Quien te presta ayuda,
quien viene á darte consuelo
sin que dirijas al cielo
triste plegaria.
LUCÍA. Sin duda
quieres mofarte.
CUERVO. No á fe,
porque soy cristiano viejo
y vengo á darte un consejo
que te interesa.
LUCÍA. Le oiré.
CUERVO. Se trata...
LUCÍA. Del hijo mio
que va á luchar y vencer?
CUERVO. Lo que tu hijo va á hacer
es tan sólo un desvarío.
En qué funda su esperanza?

Qué pretende el labrador
movido por el furor
de la sangrienta venganza?

LUCÍA. Pretende con justa saña...

CUERVO. Poner su vida en un tris.

LUCÍA. El va á luchar por España
y á defender el país.
Son críticos los momentos;
el francés todo ha invadido.

CUERVO. Se conoce no has leido
los sagrados mandamientos.
Si los leyeses, quizás
no le dejarias ir.
Tú no has oido decir
el quinto, no matarás?

LUCÍA. Es verdad!

CUERVO. Su mala suerte
le conduce á la pelea,
y es muy probable que vea
acercársele la muerte.

LUCIA. No hay de salvarle esperanza?

CUERVO. Dios castiga su delito.

LUCÍA. Parece llevas escrito
en el rostro la venganza.
Mas por qué con interés
turbas mi triste oracion?

CUERVO. Porque doy mi proteccion
al ejército francés.

LUCÍA. Miserable!

CUERVO. Haz que tu hijo
no levante esa partida,
ó si no pierdes la vida
aquí mismo. (Amenazándola con un puñal.)

LUCÍA. No transijo,
porque á mí nada me arredra;
y haré notar aquí, sola,
que la mujer española
tiene voluntad de piedra.

CUERVO. Son contados los momentos
para hacerte desistir.

LUCÍA. Ahora bien puedo decir
que sabes los mandamientos!

Que no ignoraste jamás
al cometer un delito,
que Dios ha dejado escrito
en ellos, no matarás.
Y que al darlos ese sér
omnipotente y fecundo,
de rodillas todo el mundo
los tiene que obedecer.

CUERVO. Basta de insulto! Estás loca,
y haré en aquesta ocasion,
de un golpe en el corazon,
que calle tu necia boca.
Solo una palabra espero
y pondré mi encono á raya;
que tu hijo no se vaya
y defienda al extranjero!

LUCÍA. Qué pronunció ese lábio
con ruin y villano alarde?
Dáme la muerte, cobarde,
más no me hagas un agravio.
Mal me comprendiste, mal;
yo haré que mi hijo honrado
no deje un sólo soldado
del ejército imperial.
Yo sabré decirle que es,
para infundirle valor,
ofrenda grata al Señor
la cabeza de un francés.
Y aunque se arrasen mis ojos
en un contínuo llorar,
valiente habrá de dejar
al francés tristes despojos.
No calmarán sus afanes,
ni en vano darán la ley;
que haremos ver á su rey
*la torre de los Lujanes.*

CUERVO. Ya que el destino lo quiere,
le harás, pues Juan va á partir,
al momento desistir.

LUCÍA. Nunca! Jamás!

CUERVO. Sí? pues muere.

(Va á darla un golpe con el puñal y aparece Blas Peroles, que le descerraja un tiro en la cabeza despues de decir los siguientes versos.)

## ESCENA VIII.

DICHOS. PEROLES.

PER. Qué veo? Así no lo dejo;
le apuntaré con presteza.
Vaya un tiro! En la cabeza! (Gritando.)
Ya cayó el primer conejo!

## ESCENA IX.

DICHOS. JUAN GARCIA, JUAN MARTIN, y ALDEANOS.

J. MART. Qué es lo que ocurre?
PER. No vés?
(Indicando á Lucía que yace desmayada.)
J. MART. Mi madre! (Acudiendo á socorrerla.)
JUAN. Qué es lo que pasa?
PER. Que ya ha caido un gabacho
bajo el peso de las armas.
JUAN. (Examinando al Cuervo á quien todos creen muerto.)
El Cuervo!
PER. El Cuervo, que era
hombre de malas entrañas,
y solo no defendia
la independencia de España,
sino que á esos malditos
con entusiasmo alababa.
JUAN. Cómo supiste?...
PER. Friolera!
Al llegar junto á la plaza
ví que el Cuervo y la Lucía
al parecer conversaban;
temiendo lo que pasó
me escondí un poco, más cata
que al poco rato de estar

escondido, el Cuervo saca
del bolso de la chaqueta
un puñal; mira, repara;
aun lo conserva en la mano
ya por la muerte crispada;
yo entonces le apunto, y zás!
tuvo tal tino mi bala
que le dió en mitad los sesos;
ya está la historia contada.

J. MART. Pobre madre!

JUAN. Ya respira.

PER. Los sustos los cura el agua;
voy por ella?

J. MART. No; parece
que vuelve en sí ya la anciana.

JUAN. Pues entonces á la lid,
que el tiempo está haciendo falta
y anochece demasiado
para cruzar la montaña.

J. MART. Madre! Con pesar te dejo;
pero la patria me llama,
y á su voz debo acudir,
porque su voz es muy santa;
si al volver en tí, á tu Juan
vás buscando y no le hallas;
si en este pueblo te dicen
que perecí en la demanda,
llora por mí, madre mia;
derrama abundantes lágrimas,
que ese llanto que tú viertas
es la redencion de mi alma.
Adios, pueblo en donde ví
deslizar mi vida grata;
de donde llevo recuerdos
mientras me dejo esperanzas,
y en un lugar muy cercano
dos pedazos de mi alma!
Adios, para siempre, adios!

PER. Quién se viene en mi compaña?
Naide? Pues hasta la vuelta,
si es que el francés no me mata.

LUCÍA. Hijo! hijo!!

J. MART. Madre mia! (Marchándose.)
¡Viva España!

TODOS. ¡Viva España!

(Todos acompañan á los guerrilleros, Lucía cae de rodillas suplicando que no se vaya, y al verle partir dirije su vista al cielo.)

# ACTO SEGUNDO.

—

En primero y segundo término, terreno muy accidentado donde los guerrilleros tienen una avanzada. Las armas en pabellones. Centinelas colocados en diferentes puntos. En último término se vé un pueblecillo.

## ESCENA PRIMERA.

DAMIANA. GUERRILLEROS.

DAM. Basta ya; no bebais tánto,
que hoy es dia de camorra.
GUER. 1° Qué has echado al aguardiente
que tan mal nos sabe?
DAM. Pólvora!
GUER. 2° Eso se dá á los reclutas,
no á la veterana tropa.
DAM. Qué sabes tú? Así con poco
sube el calor á la chola,
y cada francés parece
más pequeño que una mosca.
GUER. 1° Tú siempre tienes razon,
pero te falta una cosa
para ser mujer completa.
DAM. Echa ya por esa boca!
Qué me falta?
GUER. 1° Un guerrillero
de los que arden como estopa

al contemplar esos ojos,
ese cuello y otras cosas
que como un tesoro guardas.
Y qué tesoro, pichona.

**Dam.** Yo no soy mujer.

**Guer. 3.°** Pues qué eres?

**Dam.** Mas qué mujer! Española!
Y cuando he visto invadidas
por las extranjeras tropas
nuestras ciudades y aldeas,
sentí que mi sangre toda
ardia... y dejé á mi madre,
uniéndome en Carrascosa
á vosotros, y sabeis
que disparo una pistola
contra un gabacho, lo mismo
que distribuyo una copa.
Quién piensa en amores, cuando
esos franceses asolan
nuestros campos y saquean
ciudades, aldeas, chozas...
todo lo que más queremos,
sin respetar ni la honra?
Ahí teneis á Juan Martin
nuestro jefe, que ya es ahora
brigadier y que dejó
su hogar, su hacienda, su esposa
para matar enemigos
que se han vengado de sobra,
cogiendo á su anciana madre
prisionera. Mala bomba!
Guerra al extranjero!

**Todos.** Guerra!

**Dam.** Sois unos valientes!
(Al guerrillero 1.°) Choca!
Dicen que hoy estas montañas
van á presenciar la gorda.
Por confidencias se sabe
que el gran Franceski en persona,
ese general francés
á quien admira la Europa,
viene con su division

con deseos de camorra,
pero va á perder la gana
de meterse en otra broma.
Por cada francés que *espiche*
de valde doy una copa.

GUER. 1° Que viva la cantinera!
TODOS. Viva! viva!

## ESCENA II.

DICHOS y BLAS PEROLES, con un niño de mantillas en brazos.

PER. Ola! ola!
Como siempre, esta Damiana
todo el cotarro alborota.
GUER. 1° Y tiene razon.
PER. Silencio,
que si despierta no llora,
que como un becerro grita.
DAM. Es un niño! Mala bomba!
Merecia cuatro tiros
la que á su hijo abandona.
PER. No adelantes el discurso;
su madre murió en la alcoba
donde anoche me encontré
á este mostrenco, sin ropa;
y una mujer voy buscando
que arrime el pecho á su boca,
pero no encuentro á ninguna.
GUER 1.° Dale aguardiente con sopas.
DAM. Es niño? (Con interés).
PER. Pues claro está!
que si fuera la otra cosa
andaría Blas Peroles
en busca de una patrona
que le diera de mamar!
No vale la hembra gran cosa,
esceptuando tú, que tienes
sólo de mujer la forma.
Es un muchacho, y le haremos
un guerrillero de nota.
No lo dije? Despertó...

y que ojazos abre... sorna,
que no hay teta... Ya ha cogido
un boton! Chiquillo, poca
sustancia vas á sacar;
más si te entretienes, sobra.

DAM. Pero hombre, esa criatura
abandonada, es cosa
que no puedo comprender...

PER. Pues es sencilla la historia.
El enemigo habia entrado
en aquél pueblo una hora
antes que nosotros, y allí
como de costumbre, su obra
de saqueo y destruccion
llevó á cabo sin demora.
Despues entró la guerrilla
pisando al francés la cola,
y cuando subí á una casa,
era una escena horrorosa
la que pude presenciar.
Esta criatura, sola.
estaba con vida allí.
La cojí, y llora que llora
me pide lo que no tengo;
y á fé que razon le sobra
porque no ha almorzado el pobre.

GUER 1.° Pero el boton no lo afloja!

PER. Cuando se llene de aire
no nos vá armar mala broma.

DAM. Yo voy á ver si en el pueblo
encuentro algo.

PER. Dios te oiga.

DAM. Dame el chiquillo.

PER. Corriente,
harás una buena obra;
pero en cuanto mame el *rorro*,
aquí otra vez, buena moza;
que hijo de las guerrillas
al muchacho se le nombra.

DAM. Bien pensado; hasta despues.
Es un bravo! Ya no llora! (váse.)

PER. Vamos á buscar nosotros

una cabra, cualquier cosa.

## ESCENA III.

DICHOS, MOSEN ANTON.

MOSEN. ¿A dónde vais, guerrilleros?
GUER 1.° Al pueblo en busca de un ama
para un chico que Peroles
se encontró anoche.
MOSEN. Atrás mándrias!
vosotros no sois soldados!
PER. Mosen Anton!!
MOSEN. Calabazas!
Soy coronel y no admito
más título. ¿Conque un ama?
¿Y á tí, señor Blas Peroles,
quién hacer eso te manda?
Que lo recojan sus padres.
PER. Y si no los tiene?
MOSEN. Basta.
En vez de buscar nodrizas
debeis preparar las armas,
porque vamos á bajar
al llano sin más tardanza.
PER. Bajar? Cuando Juan-Martin
dice que en estas montañas
piensa hacer una sorpresa
á la division mandada
por el general Franceski?
MOSEN. Obedece tú y calla;
que por ser del mismo pueblo
que el Empecinado, hablas
más de lo que á un asistente
es permitido.
PER. No falla!
Soy natural de Castrillo;
y Juan Martin en Aranda
unido de Juan Garcia
y Peroles, *que tanto habla*,
dió el grito de independencia
que resonó en toda España.
Eramos solo tres hombres;

pero hicimos tal matanza
en luchas de cuerpo á cuerpo,
en sorpresas y emboscadas,
que el nombre de Empecinado
infundió terror á Francia.
En seis meses los tres hombres
llevamos á la campaña
más de tres mil combatientes;
haciendo tales hazañas
Juan Martin al frente nuestro,
que de brigadier la gracia
le concedieron las Córtes.
Yo no quise admitir nada
y eso que pude á sargento
subir y no es alabanza;
más solo soy asistente
de Juan-Martin y me basta;
porque cuando esto se acabe
pienso volver á mi casa
de nuevo á cojer la esteva,
que tengo buena labranza;
lo que no hará Juan García,
á quien le mató una bala
sin que se oyera otro tiro
que de cerca resonara.
Aquella muerte sin duda
debió ser una venganza,
y de los tres no quedamos
más que dos para contarla.
Con que si tendré derecho
para hablar las cosas claras!
Yo ya sé que muchos jefes
que hace poco no eran nada,
y que gracias á mi amo
caponas y sable gastan
le tienen envidia y ódio;
pero está su frente alta
para que llegarle puedan
las traiciones y acechanzas!

**Mosen.** Hé dicho que al llano vamos
y no escucho más palabras.
A formar!

PER. Cuando lo mande
el que sobre todos manda.
Entre la gente circula
la voz de traicion, y se habla
de un guía que los franceses
admitieron en Aranda,
cuyo guía tiene tratos
con alguno de la banda,
segun dicen malas lenguas.
MOSEN. Qué quieres decir?
PER. Yo, nada;
que la gente á la llanura,
Mosen Anton, hoy no baja,
como no lo mande el mismo
Empecinado.
MOSEN. Canalla!
Te vales de la amistad
del jefe; más no haces falta.
Vosotros me seguireis.
El luchar en la montaña
es poco noble, en el llano
se maniobra mejor.
PER. Vaya!
Sobre todo los franceses
dan á caballo unas cargas
que hacen los cráneos añicos.
MOSEN. Muchachos, tomad las armas.
PER. No las tomeis; que hoy aquí
algo contrario se fragua
á los proyectos del jefe.
MOSEN. ¡Miserable!
PER. Atrás, caramba!
que aunque sea usted más cura
que el mismo Padre Mariana,
de un sablazo le divido.
MOSEN. A formar he dicho y basta.
PER. Qué ha de bastar! No se forma
TODOS. No! no!

## ESCENA IV.

DICHOS y JUAN MARTIN.

J. MART. ¿Aquí qué pasa?
MOSEN. Cosas que á la disciplina
de nuestro ejército dañan.
El asistente de usted
impúnemente me falta
al respeto que debia
guardar segun ordenanza.
PER. Pero es porque él quiere
abandonar la montaña
dejando sólo este paso
que dirige á la esplanada;
y de ese modo en el pueblo
los franceses nos copaban.
J. MART. ¿Usted lo ha mandado?
MOSEN. Sí,
lo mandé.
J. MART. ¿Y porqué causa?
MOSEN. Porque la guerra que hacemos
echa un borron sobre España.
J. MART. Es decir, que cuando somos
por el número y las armas
muy inferiores, usted
quiere presentar batallas
á los soldados que siempre
llevaron triunfante el águila
imperial? Nuestro sistema
es la astucia, la emboscada:
Cuando los ladrones quieren
penetrar en una casa,
se les espera en acecho
matándoles por la espalda.
Los franceses á robarnos
han penetrado en España,
y recibirles es justo
como á bandidos que atacan
en cuadrilla lo más santo
que es el honor de la pátria.
Pero es muy raro que usted,

el autor de represalias
que yo he condenado siempre,
usted que nunca se sácia
de matar; el sanguinario
más atroz de la campaña,
sienta escrúpulos de monja
al batirse en las montañas.
(A los guerrilleros.)
Que ocupen todos los puestos
que designé esta mañana,
(Los guerrilleros toman los fusiles y se colocan en los puntos culminantes.)
porque he recibido aviso
que está cerca la avanzada,
del ejército francés.
Tú, Peroles, tambien anda
á preparar mi caballo,
y lo demás que haga falta,
mientras digo al coronel
Mosen-Anton, dos palabras.

**Per.** Jesu Cristo tuvo un Judas. (Aparte.)
Mucho será que aquí no haya
otro. El cura jamás á mí
me pasó de la garganta. (Váse.)

## ESCENA V.

JUAN MARTIN y MOSEN-ANTON.

**J. Mart.** Despues de lo que ha pasado
no tiene Mosen-Anton
que dar una explicacion
al jefe á quien ha faltado?

**Mosen.** No se me ofrece disculpa,
ni la falta veo clara.

**J. Mart.** Y por qué esconde la cara
al hablar, no habiendo culpa?
Míreme usted frente á frente
sin encono, con nobleza,
y con honrada franqueza
diga que obró indignamente.

**Mosen.** No procedí de tal suerte,
y eso seria mentir.

J. MART. No es indigno conducir
mis soldados á la muerte?
Les mandó usted sin mi anuencia
á los llanos descender,
y esa órden no puede ser
dictada por su experiencia.
Pues por intrépido y fiero
y por ser á España fiel,
galones de coronel
gasta el cura guerrillero.
Mas si se fragua traicion
y alguno se vende al oro
del francés, para desdoro
de nuestra hidalga nacion,
despertando su justa ira,
no se gozará el infame
de su traicion, aunque llame
al demonio que le inspira;
que en castigo de tal hecho,
las madres le maldijeran,
y á la cara le escupieran
hasta los niños de pecho.
El aire, el agua y la tierra
que mancha y que no conquista,
al señalarnos su pista
hace á Francia cruda guerra.
Es la pátria que se mueve
de vencer buscando modo;
es el amor, la fé, todo,
incluso el átomo leve.
Y cuando el suelo se moja
de sangre en la lucha fiera,
se tiñe con la extranjera
de negro; la nuestra es roja!
No es posible tal baldon
y sin causa me exaspero;
más usted tiene algo y quiero
que me abra su corazon.
MOSEN. La gente despierta al fin,
y le sirve de debate
ver que nunca en el combate
tiene parte del botin.

Saben que su jefe es probo;
pero lejos de sus lares,
en las juntas populares
ven unos centros de robo.
Porque nuestros guerrilleros
mientras gozan las ciudades,
pasan mil penalidades
sin socorro y casi en cueros.

J. MART. Y reclaman ese fondo
que á las Juntas se le entrega?

MOSEN. Sí, señor, porque no llega,
y en decirlo no me escondo,
nunca á manos del soldado.

J. MART. En Cádiz, representantes
de España, de su honra amantes,
con patriotismo acendrado
dan ejemplo al mundo absorto.
Y usted quiere que un caudillo
manche de tal obra el brillo?
Antes las manos me corto!
El que quiera defender
la pátria de la invasion,
no pida más galardon
que cumplir con su deber.
Pues no existe otro deseo
en todo español honrado
que arrojar al otro lado
al francés del Pirineo.

MOSEN. El guerrillero no tiene
las miras tan elevadas.

J. MART. Sus ideas extraviadas
averiguar me conviene.
Pero creo les incita,
con criminal intencion
á intestina rebelion
el cura de Botorrita.

MOSEN. Esa culpa es ilusoria.
Yo sus palabras repito.

J. MART. Pues por si acaso, le excito
á que me escuche una historia.
Tres años há, un sacerdote,
de su parroquia lanzado,

por una turba insultado
era con terrible mote.
De franceses prisionero,
y por su condicion sola
de sacerdote, á la cola
de caballo asaz ligero
le ataron con cruenta saña,
y el cuitado sacerdote
anduvo, siguiendo al trote,
seis leguas por la montaña.
En tan crítico momento,
y por trasversal camino,
quiso poner el destino
español destacamento.
Y el jefe que lo mandaba,
tirador bastante experto,
de un buen tiro tendió muerto
al bruto que galopaba.
Y hoy que se habla de traicion,
¿tendré que decir al fin
que le salvó Juan Martin
la vida á Mosen Anton?

MOSEN. La necesidad no veo
de resucitar la historia.
No he perdido la memoria.

J. MART. Pues qué quiere usted?

MOSEN. Saqueo!

J. MART. Saqueo! A creer me resisto
tan criminal villanía!
Y es quien el saqueo ansía
ministro de Jesucristo?
Saqueo! Terribles notas!
Le voy la lengua á arrancar.
Las casas quiere robar
de sus mismos compatriotas?
Miserable! Espúreo hijo
de la siempre noble España!...
La guerra de la montaña
que no es noble usted me dijo.
Y cual sarcasmo villano
formula el crímen más feo
de la guerra, el vil saqueo

en el hogar del hermano!
MOSEN. Con la racion muy mermada
los guerrilleros pelean,
y ese desquite desean
para cobrar su soldada.
J. MART. Si en tal intencion abunda
la gente, y lo dudo mucho,
por mi patria así no lucho,
aun que para siempre se hunda.
Pues prefiero sucumbir
dándome honra la historia,
que conquistar la victoria
y deshonrado morir.
Mas quién la duda me inspira
y afirma que mis soldados
ván á quedar deshonrados?
Mentira, infame mentira!
(Algunos guerrilleros se aproximan.)
Guerrilleros! Hijos mios;
me acaban de asegurar
que pretendeis profanar,
tan brutales como impíos,
los timbres de la bandera
en que se envolvió *Velarde*,
y que el saqueo cobarde
deseais con ansia fiera!

## ESCENA VI.

DICHOS. BLAS PEROLES y GUERRILLEROS.

PER. Y quién echa tal borron
sobre nuestra limpia fama?
J. MART. Lo oye usted?
PER. Cómo se llama?
J. MART. Se llama Mosen Anton.
PER. Así paga tu interés!
Más nos hubiera valido
dejar que hubiera corrido
el caballo del francés.
Fusilarlo y nos libramos...
J. MART. Silencio!
PER. De ese bicho!

TODOS. Sí! sí!

J. MART. Silencio he dicho.

(Se oye un punto de atencion seguido de algunos disparos de fusil.)

(Llevando aparte á Mosen-Anton.)

Oigame usted. Ahora vamos
á batirnos, y si en suerte
no le busca á usté una bala,
de valor haga usted gala
por si viene así la muerte.
De su misma tropa odiado,
no puede usted jefe ser.

MOSEN. Lo entiendo! (Aparte.) Mas vas á ver
que pronto quedo vengado. (Váse.)

J. MART. Cada tiro, guerrilleros,
que atraviese un corazon.
¡Libertad por la Nacion!
¡Abajo los extranjeros!

(Se dirije á la montaña seguido de los guerrilleros que contestan con entusiasmo al grito de guerra.)

## ESCENA VII.

PEROLES, DAMIANA.

DAM. (Deteniendo á Peroles.)
Aquí lo tienes. El chico
de mamar se ha puesto bueno.
Una alma caritativa
le ha prestado sus dos pechos,
y lo mismo que un tambor
tiene la tripa.

(Los disparos de fusil se oyen ya como si se formalizase la accion.)

PER. No puedo
encargarme del muchacho,
porque ha empezado ya el fuego;
más dámelo, y aunque pese
ha de estar en el jaleo,
y así el bautismo de sangre
recibe hoy. Es algo presto;
pero en fin, por algo es hijo
de las guerrillas, y el miedo

lo pierde tambien así. (Al niño.)
Con que no dormirse y á ellos.
(Deteniéndose.)
Damiana: si á mí me matan,
tú te encargas. (Señalando al niño.)

**Dam.** Por supuesto!

## ESCENA VIII.

El Cuervo

Mala peste! No ha cumplido
el cura su ofrecimiento.
Me dijo ayer, que hallaria
franco este paso el ejército,
porque llevaria al llano
con maña á los guerrilleros.
De ese modo los franceses
tenian el triunfo cierto;
porque á quinientos caballos
no pueden resistir ellos.
(Se oyen descargas de fusilería.)
Se formaliza la accion
y de seguro perdemos.
Otra vez habeis burlado
los planes que forma el Cuervo
á quien dísteis en Aranda
hace tres años por muerto;
pero aún vive, y ha jurado
vengarse, y ya lleva hecho,
al matar á Juan García,
uno de los escarmientos.
Yo le dí muerte, esperándole
cuatro dias en acecho...
y por fin se puso á tiro...
pero todavía espero
que Juan Martin y Peroles
caigan tambien. Para eso
soy espía del francés
y aquí conduzco á su ejército,
contando con ese cura
que hoy se pasará á los nuestros,

porque su gran ambicion
le ha trastornado ya el seso.
(Mirando hácia el sitio de la accion.)
Voto al diablo! Los franceses
están á cientos cayendo!
Maldicion! Al general
arrollan los guerrilleros!...
Y yo que le aseguré
encontrar libre el terreno!
Pero es verdad lo que miro?
Han cogido prisionero
al general... Vaya un dia!
Lo traen aquí. Ocultémonos.
(Con acento de furor.)
La partida habeis ganado,
pero pronto nos veremos!

## ESCENA IX.

¡El general FRANCESKI y GUERRILLEROS.

FRANC. Matadme! Más no insulteis.
GUER. 1º Sí, fusilarlo al momento.
GUER. 2º Es un pajarraco gordo.
GUER. 1º *Monsieur*, reze *vú* el credo,
porque vás á ir á tu tierra.
GUER. 3º Cómo á su tierra?
GUER. 2º Al infierno!
que de allí deben salir
todos estos extranjeros.
FRANC. Nunca el general Franceski
temió la muerte. Al momento!
GUER. 3º Ha dicho Franceski?
GUER. 2º Sí; es el jefe del ejército
invasor.
GUER. 1º Pues camaradas;
entónces le colgaremos
de un árbol, que fusilarle
seria poco escarmiento.
FRANC. No hay aquí algun oficial
que me escuche?
GUER. 1º No por cierto,
y prepárate *mondiú*.

## ESCENA X.

DICHOS y JUAN MARTIN.

J. MART. ¿Qué pretendeis, guerrilleros?
GUER. 2º Colgarle de un árbol ahora...
GUER. 1º Y formarle causa luego!
J. MART. Soltadle al punto. Lo mando.
(Los guerrilleros obedecen.)
FRANC. Oh! gracias! ¿Y á quién debo
la vida?
J. MART. Soy Juan Martin
el Empecinado.
FRAN. Ahora veo
que no os conoce el que os llama
sanguinario guerrillero.
J. MART. Lo soy durante la lucha;
mas no despues de ella; en esto
ustedes no son lo mismo.
Hace ya más de año y medio
que una madre que no tiene
otro delito que el serlo
mia, está prisionera,
y gime en oscuro encierro,
porque creen que de ese modo
voy á ser del extranjero,
como si de los Guzmanes
nadie siguiera el ejemplo,
¡cuando hay Guzmanes aquí
para dar al mundo entero!
Libre está usted. (Muestras de descontento.)
¡Libre he dicho!
y quien no guarde silencio
puede dejar las guerrillas.
GUER. 1º Mi brigadier, pero al ménos
permítanos advertirle
que es el jefe del ejército
enemigo, el gran Franceski,
el que delante tenemos.
J. MART. Aunque fuese Napoleon,
mi palabra tiene; y quiero

que además le acompañeis
con deferencia y respeto
hasta que pueda llegar
á su mismo campamento.

FRANC. Quiere usted darme la mano?

J. MART. Y por qué no; aunque seremos
adversarios mientras pise
España un solo extranjero
que imponernos con las armas
quiera su rey, su gobierno.

FRANC. Muy pronto sabrá usted algo
del que es hoy su prisionero.

J. MART. General, *¡hasta la vista!*
Acompañarle os ordeno.
Yo voy á ver cuantos son
los heridos que tenemos. (Váse).

GUER. 1º A las órdenes de *vú.* (Al general Franceski.)

GUER. 2º Ha salvado *vú* el pellejo.

GUER. 1º Pero diga *vú* á los suyos
que ha nacido hoy *vú* de nuevo.

## ESCENA XI.

MOSEN ANTON y EL CUERVO.

MOSEN. Dices que el Empecinado
os ha vencido en la accion?

CUERVO. Vaya si nos ha vencido!
y por culpa de usted.

MOSEN. Yo
intenté bajar al llano,
pero la voz de traicion
que salió de entre las filas
nuestro plan desbarató.
Despues el Empecinado
me ha insultado, y loco estoy
vagando por la montaña
sin tomar parte en la accion
y sin saber la victoria
de quién era; ¡vive Dios!
que ha de sentir Juan Martin
mi terrible humillacion.

CUERVO. Los franceses pagan bien,
y usted se une á mí desde hoy
para poder realizar
la venganza de los dos.
La vida de Juan Martin
y la de Peroles son
lo que solo yo deseo.
Acepta Mosen Anton
el pacto que le propongo
de despachar á esos dos?

MOSEN. Acepto. Yo á Juan Martin
ódio á muerte desde hoy
y necesito su vida.

CUERVO. Bueno. Me encargaré yo
de Blas Peroles. Al fin,
fué mi enemigo mayor,
y esta señal me recuerda
el mal rato que me dió
(Aludiendo á su herida en la frente).
en Aranda hace tres años.
(Reparando en Peroles que viene con el muchacho en los brazos).
Qué casualidad! Le voy
como un conejo á cazar.
Lo vé usted, Mosen Anton?
El mismo se pone á tiro.
Ocultémonos.

MOSEN. Y yo,
cuándo podré hacer lo mismo?

CUERVO. En tres años, con el de hoy,
vá el segundo. No se ofrece
cada dia una ocasion.
Constancia!... Cayendo Blas,
para el otro somos dos.

## ESCENA XII.

PEROLES.

Con el fusil, el chiquillo,
municiones y mochila,
llevo un peso por lo menos

de tres arrobas encima;
pero por eso, he matado
enemigos tan deprisa
como los demás. Al chico,
para hacer la puntería,
en el suelo lo dejaba.
Tiene ya llena la tripa,
y el gran tuno al apuntar
me miraba y sonreia.
Acaso pensaba el huérfano
que quien mató á su familia
iba á pagar con mi tiro
su pena bien merecida.
Y quién sabe si el pobrete
en lo seguro estaria!
Pesas mucho. Ahora á dormir
debajo de aquella encina.
Estarás muy fresco, y yo
haré un poco de saliva
bebiendo un trago.
**(Colocando al niño en el suelo debajo de un árbol y poniendo el fusil á un lado.)**
Ajajá!
Vaya una cama mullida
de céspedes perfumados
y de suaves florecillas
que te dá naturaleza,
esa madre compasiva
que no abandona á sus hijos! **(Bebe.)**
No está fresca la bebida;
pero no es justo pedir
en la guerra gollerías.

## ESCENA XIII.

PEROLES y el CUERVO.

CUERVO. Por fin desarmado estás,
y hoy un muerto resucita
para zanjar una cuenta.
Defenderte es tontería!

Tu fusíl está en el suelo
y vas á perder la vida.

PER. El Cuervo!!

CUERVO. Sí; soy el mismo
que asesinó á Juan García
y que hoy matará á Blas Peroles.
No te muevas!

PER. Pronto, tira,
miserable, vil, traidor!
Ahora comprendo! Ese guia
que conduce á los franceses
eres tú?..

CUERVO. Sí!

PER. Ya debia
haber conocido al Cuervo
por sólo esa accion indigna.
Mátame pronto; ¡cobarde!

CUERVO. Eso voy hacer.

PER. Y mira.
de apuntarme al corazon,
porque aún en la agonía
con que pronuncie tu nombre
como un perro moririas.

CUERVO. Despues será Juan Martin!
Toma tú esa peladilla!
(Apunta á Peroles y suena sólo el piston.)
Maldicion!!

PER. Lo ves, infame?
(Peroles se precipita á coger el fusíl para seguir al Cuervo, que huye precipitadamente; pero se detiene al ver el niño dormido.)
Y éste niño? Así podrian...
(Apercibe un grupo de guerrilleros.)
Guerrilleros, os encargo
la criatura dormida.
Yo voy á seguir al Cuervo!

GUER. 1.º Al Cuervo?

PER. Sí, allí camina!

GUER. 1.º Y va con Mosen Anton!

PER. Es verdad! Que Dios los cria
y ellos se juntan. ¡Bandidos!
en escapar os dais prisa;

pero yo os encontraré,
yo seguiré vuestra pista,
aunque para ello moviese
la tierra de abajo arriba.

(Algunos guerrilleros siguen á Peroles y otros se quedan contemplando al niño.)

# ACTO TERCERO.

---

**CUADRO PRIMERO.**

Decoracion de selva corta; á la derecha un árbol bastante grueso. La escena pasa á la caida de la tarde.

## ESCENA PRIMERA.

DAMIANA, JUAN MARTIN, PEROLES y GUERRILLEROS.

PER. Muchachos, ya lo sabeis;
se nos guilla el general,
y es un deber en nosotros
el no dejarle marchar.
Consentireis que se vaya?
TODOS. Nosotros, nunca!
DAM. Jamás!
J. MART. Muchas gracias, camaradas,
por vuestro afecto leal;
mas hago falta en la córte.
PER. Si el rey en el trono está
y ya no queda un gabacho
que profane este lugar,
¿qué falta haces por allí?
J. MART. Tú no comprendes, buen Blas,

que al volver el rey al trono
despues de su ausencia, es tal
la agitacion de partidos,
que una guerra sorda hay,
y peligra si no acudo
nuestra santa libertad.

PER. Y qué te importa? Al cabo,
despues de lucha leal,
hora es de cojer la estéva,
que abandonados están
los campos, y nuestros brazos
les hacen falta.

DAM. Sí tal;
más Juan-Martin no es el mismo
que antes, para trabajar.

J. MART. Quién lo impide?

GUER 1.° Ese fagin
que en la cintura llevais.

J. MART. El trabajo no envilece;
bien puedo ser general
á la par de labrador.

GUER. 2.° Y muy bien dicho que está.

PER. Juan Martin, créeme á mí;
vuelve otra vez á tu hogar
y no pienses que á la Córte
fuiste llamado jamás.

J. MART. Imposible! Mi deber
me obliga, y su majestad
que necesita de todos
los liberales; su plan
es formar un ministerio
consecuente y liberal;
la semilla de los bravos
tiene que fructificar;
no en vano la hermosa Cádiz,
esa sin igual Ciudad,
lanzó la primera el grito
que repite sin cesar
de ¡abajo los extranjeros!
y ¡viva la libertad!

PER. Todo está bien. Y tu madre?
Qué va á ser de ella, Juan?

J. Mart. Mi madre, que presa estaba,
gracias á mi generosidad
con el general *Franceski*,
que correspondió de igual
manera con noble júbilo,
se encuentra ya en el lugar
de do partimos un dia,
sin más patrimonio y más
que una carabina vieja
y un alma noble y capaz
de resistir las fatigas
en una lucha leal.
Tres salimos de la aldea
dispuestos á pelear!
De los tres, uno no vuelve,
que es el desgraciado Juan;
y harto me pesa, Peroles,
el que no vuelva al lugar;
que si para darle vida
hiciese falta no más
que sostener nueva lucha
contra el águila imperial,
el Empecinado, sólo,
á fuerza de batallar,
con los cráneos de franceses
sería siempre capáz
de ir abriendo poco á poco
la fosa del pobre Juan.
Dam. Que viva el Empecinado!
Todos. Viva nuestro general!
Per. Por allí viene mi hijo.
Dam. Tu hijo?
Per. Mal dicho está;
porque es de todos nosotros,
aunque yo le dí *é* mamar
con aguardiente de caña
más de dos meses.
Todos. Já! já!
Dam. Qué chico! dá gozo verle!
Per. Hacer calle, que vá á entrar
el guerrero en miniatura.

## ESCENA II.

DICHOS y el EMPECINADILLO.

EMP. Buenas tardes, general.
J. MART. Qué ocurre, cabo?
EMP. Este parte.
(Mientras Juan Martin lee el parte, todos rodean al muchacho.)
Ola! Estás tú por acá,
buena prenda?
DAM. Ay qué chico!
EMP. Oye tú, soy *melitar*.
PER. Ven por acá, rapazuelo;
no te incomodes.
EMP. (Abrazando á Peroles.) Buen Blás!
PER. (Aparte.) Cómo me quiere!
EMP. No ves
que triste está el general?
PER. Es que al fin nos abandona.
EMP. No le dejaré jamás,
aunque tenga que seguirle
desde aquí al Indostán.
J. MART. En este parte, muchachos,
ya la órden se me dá
de que me ponga en camino;
yo siento mucho dejar
á mis leales guerrilleros,
sobre todo á mi buen Blas.
(Repara en el Empecinadillo que está llorando).
Estás llorando, muchacho?
Qué tienes?
EMP. No me hacen llorar
las balas del enemigo;
más su marcha, general,
me causa una sensacion...
J. MART. A mi servicio estarás.
EMP. Que viva el Empecinado!
PER. (Aparte.) Es como yo!
DAM. Abrazad
á nuestro ilustre caudillo

que quizás no volverá.
J. Mart. Adios, mis valientes mozos!
(Despidiéndose afectuosamente de todos).
Per. Pues así tú no te vas.
(Abrazándole fuertemente.)
Viva tu padre, tu madre
y el barbero del lugar
donde nacimos, y...
J. Mart. Que viva
el buen veterano Blas!
Dam. Acompañémosle todos
hasta el punto donde vá.

## ESCENA III.

Mosen-Anton.

(Se presenta miserablemente vestido, con los hábitos rotos, mirando recelosamente).

No puedo más! La pavorosa huella
dejo del mal por donde voy marcada,
pues mi hado fatal, mi mala estrella,
me impulsa á que mi vida desgraciada,
en vez de serme apacible y bella,
para el crímen no más fuese creada;
y pues al crímen con furor me lanza,
el crímen es tan solo mi venganza.
Amor, gloria sin par, mi fantasía
en este mundo vil creyó soñar,
y es que la oscura noche se cernia
llegando mi cerebro á trastornar;
mas cuando ví la luz del claro dia,
qué amargo se me hizo el despertar!
Y entonces conocí que era mi empeño
una ilusion que concebí en el sueño.
Ilusion nada más! Una quimera!
hija de mi mente delirante
que transformó mi ser de lo que era;
y al ver á un hombre para mí gigante
quise á su lado estar de igual manera
llevando siempre el crímen por delante.

Maldita sea la ambicion impía
y maldita tambien mi fantasía!

## ESCENA IV

MOSEN-ANTON. EL CUERVO.

(El Cuervo retrocede al contemplar á Mosen-Anton.)

CUERVO. Mosen-Anton! (Aparte.) El infierno
se conjura contra mí,
pues hoy me presenta aquí
á este mónstruo del Averno.

MOSEN. Soy el mismo, qué te extraña?
Palidece tu semblante
al contemplarte delante
de un hijo espúreo de España?
No ves, Cuervo, en mi locura,
en mi triste situacion,
que el fruto de su traicion
no ha recogido este cura?

CUERVO. Miserable! Y aún el precio
del crímen vas á exigir,
cuando debiste morir?
Eres, Mosen, harto nécio!
Yo te lo ofrecí, y no en vano
te cumpliera lo ofrecido,
si tu gente hubiese ido
á pelear en el llano.
Más así no fué en verdad;
resistieron nuestro fuego
y por lo tanto me niego
á darte tal cantidad.

MOSEN. Y piensas, Cuervo maldito,
que hice á mi pátria traicion
poniendo Mosen-Anton
alto precio á su delito?
Mentira! Jamás lo hiciera,
que yo al francés abomino;
es que me puso el destino
del crímen en la carrera.

Es que yo, humilde soldado,
tras mil dias de victoria,
me causó envidia la gloria
del ilustre Empecinado.
De mi envidiosa ignorancia
te supiste aprovechar,
haciéndome desertar
para servir á la Francia.
No ignoras, por Belcebú!
que fuí al francés detestable;
luego si soy miserable
más miserable eres tú!

CUERVO. Tienes razon! Tu delito
es como el mio, es igual;
odiamos al general,
pero con ódio infinito.
Tú, por la gloria que alcanza;
yo porque mi corazon
se embriaga en la traicion
y mi mano en la venganza.
Los dos podemos, por Dios!
poner á su vida fin;
la vida de Juan Martin
nos pertenece á los dos.
Yo pagaré con presteza
dos mil duros al contado
al que del Empecinado
me presente la cabeza.

MOSEN. Ese intento ya adivino,
aunque me cause amargura;
quieres á este pobre cura
trasformar en asesino?
Más no pienses que cobarde
vacile un solo momento,
que del arrepentimiento
siento la luz, aunque tarde.
Luz divina, refulgente,
á cuyo santo esplendor
puede el criminal traidor
convertirse en penitente.

CUERVO. No deseaste enseguida
la vida de Juan Martin?

No le seguiste tú al fin
para arrancarle la vida?
Cómo puedes evocar,
teniendo el pecho de roca,
esas frases que tu boca
acaba de pronunciar?

MOSEN. Cierto que al Empecinado
de su vida el débil hilo
quise cortar bajo el filo
de puñal envenenado.
Más ya te lo he dicho, Cuervo,
un rayo de luz bendito
me ha hecho notar mi delito,
y mi dolor es acervo.

CUERVO. Te arrepentiste quizás?

**(Mosen Anton contesta afirmativamente con la cabeza.)**

Ese cinismo te abona.

MOSEN. Es que Dios...

CUERVO. Dios no perdona
á los traidores jamás.

MOSEN. Tienes razon! Dios clemente
no puede dar su perdon;
que el crímen de la traicion
le hace al hombre impenitente.
Ya la esperanza perdida
y por la senda del mal,
qué me resta?

CUERVO. Este puñal
y de Juan Martin la vida.
Yo te prestaré dinero
si consigues darle muerte,
así podrás de esta suerte
trasladarte al extranjero.
Nadie irá de tí en pós
para mirar tus enojos.

MOSEN. Mentira! Me ven los ojos
de mi conciencia y de Dios!

CUERVO. Desechas mi oferta?

MOSEN. Sí.

CUERVO. Ni aún sirves para traidor:
si atendiese á mi rencor

te daba la muerte aquí.

MOSEN. Presto estoy al sacrificio,
porque estás en tu derecho;
hunde el puñal en mi pecho
y me haces un beneficio.

CUERVO. Con sentimiento profundo
hoy quedas vivo, Mosen;
que seria hacerte un bien
con alejarte del mundo.
Quiero que vivas errante,
escondido en la montaña,
sufriendo la justa saña
del que mire tu semblante.
Que á solas con tu dolor,
macilento, triste, pobre,
te niegue el pan que le sobre
el infeliz labrador.

MOSEN. Calla! Calla! Que en tí veo
la imágen de Lucifer;
presto, muy presto he de hacer
no se cumpla tu deseo.

## ESCENA V.

EL CUERVO.

Libre estoy ya de testigos;
no hay que perder un momento,
que andan por aquí acechando
partidas de guerrilleros
con el fin de darme caza,
segun cuentan por el pueblo.
Este es el sitio; sí, el mismo;
estos lugares recuerdo,
pues ellos guardan mi dicha;
debajo de ese árbol viejo
tengo escondida una caja
con diez mil duros completos
que son, por decirlo así,
de mis afanes el premio.
Bien haya la guerra odiosa
que proporciona dinero

á costa de la traicion!
La ruda azada aquí tengo;
no hay que perder un instante,
la caja desenterremos,
y despues huiré de aquí
á países extranjeros
donde nadie en mi persona
pueda conocer al Cuervo.
Empecemos la tarea.
Qué firme está este terreno!
No tropiezo con la caja.
Eh? quién vá? Nada, es el viento:
prosigamos; aquí está!
Nada falta; está completo!
Con cuánta delicia miro
el metal amarillento
que á mi vista se presenta
como una chispa de fuego!
Adios, desdichada España,
que para siempre te dejo,
pues no podria vivir
en lucha con mis recuerdos!
Nada me resta que hacer
en estos sitios funestos,
con que huyamos.

## ESCENA VI.

**El Cuervo. Damiana.**

Dam. Alto aquí!
Cuervo. Quién vá?
Dam. (Reconociéndole.) Matías el Cuervo!
Muere traidor!
(Sacando una pistola que lleva en el cinto y haciendo fuego sin darle.)
Cuervo. ¡Desgraciada!
No sabes lo que te has hecho
al venir á este lugar!
Dam. Aquí, favor! guerrilleros! (Gritando.)
Cuervo. No des voces, que es en vano;
nadie escucha tus lamentos

y pagarás con tu vida
ese temerario intento.

DAM. Favor! Socorro!
(Oyese el sonido de una corneta que indica llamada.)
Ya acuden
los soldados á tu encuentro.

CUERVO. Maldicion! Tu vida pronto!
(Amenazándola con un puñal.)

DAM. La venderé cara, Cuervo;
que aún conservo este puñal
para hundirle en ese pecho.
(Desenvaina un pequeño puñal que lleva en el cinto.)

CUERVO. (Retrocede y reflexiona un breve instante.)
Más vale huir: en la lucha
quizás caiga prisionero,
y entónces estoy perdido.
(Quiere huir, pero Damiana le detiene.)

DAM. Miserable! Ese dinero
que guardas en esa caja
le pertenece al Gobierno:
suéltale pues.

CUERVO. Eso nunca!

DAM. Peroles! Favor! (Gritando.)

CUERVO. (Se dirige hácia la derecha á ver si producen efecto las voces de la cantinera.)
Qué veo!
Ese maldito se acerca;
pesa esta caja de hierro,
y con ella no es posible
escaparme; aquí la dejo,
que la vida no se adquiere
como se adquiere el dinero!

## ESCENA VII.

DAMIANA. PEROLES.

PER. Damiana, qué es lo que pasa?

DAM. Que un traidor marcha corriendo;
yo misma le he sorprendido

desenterrando un dinero
que tenía en esta caja.
PER. Quién es?
DAM. Matías el Cuervo.
PER. El Cuervo? Por dónde vá?
DAM. No le vés por aquél cerro?
PER. Es verdad! Adios, Damiana,
que voy en su seguimiento;
y lo que es como le coja
no se me escapa.
DAM. Ves presto.
PER. Al instante. Cuántas ganas
tengo de cazar al Cuervo!

## ESCENA VIII.

DAMIANA. GUERRILLEROS.

DAM. A buena hora llegásteis.
GUER. 1° Qué es lo que ocurre, salero?
DAM. Para bromitas estoy!
GUER. 2° Pues qué pasa?
DAM. Que aquí al Cuervo
le he sorprendido sacando
debajo de ese árbol viejo
una caja que contiene...
GUER. 1° Papeles?
DAM. Es más.
GUER. 2° Dinero?
DAM. Cabal!
GUER. 1° Vivan las mozas de rumbo!
Tráelo aquí y repartiremos
el botin; que es para todos
los que esponen el pellejo.
No es verdad?
TODOS. Sí! sí!
DAM. Qué pronunciais, guerrilleros?
Sois vosotros, por ventura,
esos españoles buenos
hijos del Empecinadado
como se llaman los nuestros?
Sois vosotros los que un dia

con valeroso ardimiento
dísteis la sangre á la pátria
y á las balas vuestro pecho?
Mentira! Al ver tal accion
de vosotros me avergüenzo.

GUER. 1° Es que el botin...

DAM. Este botin
le pertenece al Gobierno.

GUER. 2° Si estuviera el general...

DAM. Ténle un poco más respeto,
que él va á la córte tan pobre
como salió de su pueblo,
llevando el capote roto
y los pantalones viejos;
que á pesar de ser el jefe
nos dió á todos el ejemplo
de honradez y de hidalguía
y noble comportamiento.

GUER. 1.° Tienes razon!

DAM. Al alcalde
la caja le llevaremos,
y él hará que llegue intacta
á las manos del Gobierno.

GUER. 2.° Que viva la cantinera!

DAM. No, que vivan los guerrilleros!

**CUADRO SEGUNDO.**

Selva larga. Es de noche y varios relámpagos iluminan la escena de tiempo en tiempo.

## ESCENA IX.

EL CUERVO.

La noche! Feliz momento!
Perseguido por do quier
buscaba el anochecer
con júbilo el pensamiento.
Oculto en la noche oscura
no se atreverá ya Blas

á seguirme, pues quizás
encuentre primero al cura.
Él vaga por la montaña
con nécio arrepentimiento,
y acaso en este momento
Blas en él cebe su saña.
(Reparando en Mosen Anton.)
Más qué veo? Es ilusion?
En un ramaje colgado
está ese cura endiablado
espiando su traicion.
Mosén Anton! Para el mal
te has mostrado harto cobarde,
mientras que en mi pecho arde
el fuego del criminal.
Más qué veo? Aunque rehuya,
ese Blas es un venablo;
huyamos, no haga el diablo
que se salga con la suya.

## ESCENA X.

PEROLES.

En darle caza me empeño
en balde en esta ocasion.
(Reparando en Mosén Anton.)
Qué es esto? Mosén-Anton!
Es ilusion ó es un sueño?
(Momento de pausa.)
Uno ménos! A fé mia
que no cometió locura
al sufrir ese vil cura
de la muerte la agonía.
(Dirigiéndose hacia el sitio donde está el cadáver.)
En otros tiempos mejores
de traicion hiciste alarde;
Así acaban, aunque tarde,
los viles y los traidores!

# ACTO CUARTO.

Sala regularmente amueblada á estilo de la época.—Puerta en el foro y ventana en el segundo término de la izquierda.—Al levantarse el telon aparece Lucía junto á la ventana.

## ESCENA PRIMERA.

LUCÍA.

En vano en esta ventana
paso un dia y otro dia,
hasta que ya de la noche
se notan las frescas brisas
y el suspiro que las aves
entre las ramas envían
al Hacedor, que mezclado
vá con las lágrimas mias.
Que volverá! me lo dice
algo que ya tranquiliza
á mi pobre corazon,
hoy envuelto en la agonía,
y el corazon de una madre
todo en el mundo adivina!
Pobre Juan! Al concluir
del francés la guerra inícua,
la faja de general,

cual soldado de valía
ostentaste en la cintura;
quién al verte así diria
que fuese tu perdicion
esa faja maldecida!

## ESCENA II.

LUCÍA y PEROLES.

PER. Dais permiso?
LUCÍA. Pasa, Blas.
(Reparando en un periódico que trae en la mano.)
Qué traes ahí?
PER. *La Gaceta*.
LUCÍA. Y qué dice?
PER. Una cosa
para nosotros muy buena.
LUCÍA. Habla, habla.
PER. El general
en breve vendrá á esta tierra,
pues ha caido el Gobierno:
ese rey sólo desea,
más que proteger á España,
ser un tirano y un déspota;
ya miles de afrancesados
ván pasando la frontera,
y con sus manos espúreas
toman del poder las riendas,
llenando á España de oprobio,
de baldon y de vergüenza.
LUCÍA. Lee la órden que el Gobierno
hoy publica en la *Gaceta*.
PER. Para qué quereis oirla?
LUCÍA. Es que mucho me interesa.
PER. (Aparte.) Pobre madre! No la digo
lo que pasa, aunque se ofenda.
LUCÍA. Lee, Blas!
PER. Y para qué?
No os ha dicho ya mi lengua
todo?

LUCIA. Es verdad!
PER. En breve
veremos á Juan de cerca,
y esto es lo que nos importa.
(Viendo que Lucía permanece pensativa.)
Pero qué, no estais contenta?
LUCÍA. Y cómo he de estarlo, Blas,
con desgracia tan funesta!
PER. Desgracia llamais á verle?
LUCÍA. Ojalá que no le viera
en España; ya le he dicho
en ocasiones diversas
que el campo de la política
tiene espinosas las sendas;
que en el plácido retiro
de su silenciosa aldea
viniese á vivir y... nada,
no hizo caso de esta vieja!
PER. Pero al fin vuelve!
LUCÍA. Y cómo!
Destituido!
(Peroles hace un movimiento negativo.)
Lo niegas?
Por qué no lees entonces
lo que dice la *Gaceta*?
Quieres engañarme, Blas!
Más no pienses que así sea,
pues conozco tu intencion
harto noble y harto buena.
PER. Pues la verdad, no queria
que usted tan presto supiera
la noticia; en todo el pueblo
no hay tampoco quien la sepa;
más como yo tengo estanco
que Juan Martin á la fuerza
me hizo tomar, so pretesto
de que mis chicos tuvieran
á mi muerte algunos cuartos,
esta tarde con presteza
leí en el papel la órden
destituyéndole, y ea,
que el estanco de este pueblo

se lo ha llevado pateta.
LUCÍA. Qué dices?
PER. Que lo he cerrado;
que lo tome quien lo quiera,
pues yo no quiero servir
á esa cobarde ralea
que ha destituido al hombre
más valiente de la tierra.
LUCÍA. Y tu mujer? y tus hijos?
PER. Ya vivirán como puedan,
pues me quedan todavía
cuatro pedazos de tierra.
LUCÍA. Si Juan tuviera una esposa!
PER. La pasada fué tan buena,
que murió en edad temprana
estando el pobre en la guerra.
LUCÍA. Era un ángel!
PER. Y como ángel
voló á la région etérea
do residen los espíritus.
LUCÍA Dios en su gloria la tenga!
(Óyese fuera un gran vocerío.)
No oyes?
PER. Vivas y gritos!
LUCÍA. El és! Sí, ya resuena
en mis oidos su voz.

## ESCENA III.

DICHOS y JUAN MARTIN.

J. MART. Madre! madre! (Abraza á Lucía.)
PER. Pobre vieja!
J. MART Qué haces ahí tan parado?
Dáme un abrazo, babieca!
PER. Y con mucho gusto que es!
J. MART. Aprieta, muchacho, aprieta,
No me esperábais, verdad?
No pensábais que mi vuelta
fuese tan presto?
LUCÍA. Yo sí!
J. MART Quién lo dijo?

PER. Buena es esa!
Quién habia de decírselo?
Nadie: más la pobre vieja
lo adivinó.
J. MART. Madre mia,
calma de una vez tus penas;
ya me tienes á tu lado
despues de una larga ausencia;
no esperes que deje nunca
el retiro de mi aldea;
no esperes ya que tu hijo
á la córte otra vez vuelva,
que el hombre probo y honrado
jamás en la córte medra.
LUCÍA. Hijo mio, esas palabras
prestan consuelo á esta vieja
que esperaba tu regreso
con indecible impaciencia;
más al dejar de la córte
la política revuelta,
temo que algo muy grave
al general le suceda.
J. MART. Y por qué?
LUCÍA. El corazon
me lo dice.
PER. Qué simpleza!
LUCÍA El corazon de una madre
no se engaña.
J. MART. Buena es esa!
Y qué tengo que temer
si está limpia la conciencia?
LUCÍA. Hay, hijo mio, envidiosos;
y como la envidia es ciega,
por deshacerse de tí,
con calumniadora lengua
dirán que aquí se conspira
y harán ver de tal manera
al Gobierno sus intentos
que es muy probable te prendan.
J. MART. A nadie hice mal.
LUCÍA. No importa.
J. MART. Todo el mundo me respeta.

y tengo en la córte amigos.
LUCÍA. Que es probable que te vendan!
J. MART. No lo espero.
PER. En lo que dice
razon la doy á la vieja.
Quién sabe si á estas horas
te buscan con diligencia
esos viles partidarios
de la absolutista idea?
J. MART. Me haces dudar!
LUCÍA. Huye, hijo;
en otra nacion diversa
hallarás la proteccion
que aquí el Gobierno te niega.
J. MART. Eso, madre, es imposible.
LUCÍA. Francia te abrirá sus puertas.
J. MART. Y piensas que de ese modo
llene mi honor de vergüenza?
Yo al coloso derroté,
que paseó sus banderas
triunfantes por todo el mundo,
le hice morder la tierra,
y en mil pedazos miró
sus más sagradas enseñas,
y su púrpura imperial
por estas manos deshechas.
Cómo quieres que yo vaya
á pedir mi subsistencia
al enemigo? Primero
me moria de vergüenza.
PER. Bien dicho; de los franceses
no tomes agua siquiera,
que están dejados de Dios.
LUCÍA. Si no en Francia, en Inglaterra
te encontrarás bien seguro.
J. MART. Y quién á su patria deja
en manos de *Calomarde*
sin consumirle la pena?
PER. Complace Juan á la pobre;
todos juntos de esta tierra
marcharemos á tu lado.
J. MART. Imposible es complacerla!

(Oyese á lo léjos una orquesta de guitarras que poco á poco se vá aproximando hasta quedar al pié de la ventana.)

LUCÍA. Qué escucho?
PER. La serenata
que los mozos de la aldea
por festejar su venida
sin duda tienen dispuesta.
LUCÍA. Pobres gentes! Agradezco
en extremo su fineza,
más no estoy para escucharla.
Adios, hijo mio, y piensa
en lo que há poco te dije.
J. MART. Anda en paz, mi buena vieja.

## ESCENA IV.

JUAN MARTIN y BLAS PEROLES.

J. MART. Cómo se conoce son
liberales!
PER. La rondalla
están tocando! Qué gozo!
J. MART. Esos aires me recuerdan
cuando los dos peleábamos
por la santa independencia.
PER. Y con qué fe nos batíamos!
J. MART. Ha parado ya la orquesta!
(Asomándose á la ventana.)
Bravo, paisanos; os doy
gracias por tanta fineza.
VOZ. Que viva el Empecinado! (Desde fuera.)
TODOS. Vivaaa!
PER. Cuál se alegran!
Dios quiera que esa alegría
no se convierta en tristeza
VOZ. ¡Viva el general invicto! (Desde fuera.)
TODOS. Vivaaa!!
(Oyese la orquesta, que poco á poco se va alejando.)
J. MART. Ya se alejan!
Ya su acorde en el espacio

pierde su armoniosa fuerza.
Id con Dios, que esas guitarras,
al ser pulsadas sus cuerdas
con tal vigor, mil recuerdos
afluyen á mi cabeza!
Recuerdos, sí, muy felices,
cual dias de primavera
llenos de fuego y de vida!
Qué grata fué mi existencia!

PER. Meditas, Juan?

J. MART. Qué he de hacer!

PER. Tenemos los dos franqueza
para hablar?

J. MART. Quién lo duda?

PER. Entonces permite, ea,
que te diga francamente
lo que aquí mi pecho sienta.
Tú en la córte defendiste
siempre tus nobles ideas,
y ese es el solo motivo
de venir tan pronto á esta;
sin duda allí te has dejado
negocios de trascendencia
que ventilar; la política
nada en el mundo respeta
y habrás sido descubierto...
(Viendo que Juan Martin permanece callado.)
Juan Martin, calla tu lengua
sin decirme la verdad?
No pienses que yo ahora venda
tus secretos, Juan Martin;
recuerda siempre, recuerda
que éramos uno los dos
al salir de nuestra tierra,
decididos á matar
cuantos franceses salieran
á nuestro encuentro.

J. MART. Razon
te sobra, Blas! Es ya fuerza
que te cuente lo que pasa.

PER. No pierdo palabra; empieza.

J. MART. Cuando la lucha empeñada

terminé bizarramente,
guardé mi tajante espada,
vi á mi madre idolatrada
y dí un adios á la gente.
A la córte fuí llamado
por el rey, á la sazon,
y la pública opinion
recibió al Empecinado
con muestras de admiracion.
Así pasaron los dias,
sirviendo con lealtad,
más el rey, con liviandad,
desechó las teorías
de la hermosa libertad.
Por eso en el pueblo estoy
perseguido y desterrado.
No digas, Blas, que á tu lado
has visto tú llorar hoy
á Juan el Empecinado!

PER. De tu llanto soy testigo;
deja corra sin cesar,
pues disminuye el pesar
tener junto á sí un amigo
con quien reir y llorar!
(Oyense fuertes golpes en la puerta.)
Están dando, Juan-Martin,
golpes récios en la puerta.

J. MART. Aquí mi desdicha es cierta!
Que pase quien sea; al fin
la entrada tienen abierta.

## ESCENA V

DICHOS. EL CUERVO, seguido de voluntarios realistas.

PER. Qué es lo que miro? Es enorme
tu cinismo, y causa horror
ver un infame traidor
vestido con uniforme.

J. MART. El Cuervo!

CUERVO. El mismo soy;
que al volver de la frontera,

gané bien la charretera
que en cada hombro llevo hoy.

PER. Esto del límite pasa!

CUERVO. Hoy en Roa he recibido
una órden, y he venido
á cumplirla en esta casa.

PER. Miserable! Odiosa alma!
Aun existe tu ralea?

J. MART. Que diga lo que desea,
y ten, Blás, un poco calma.

CUERVO. En nombre de nuestro rey,
os podeis dar á prision.

J. MART. Tamaña resolucion
quién ha dictado?

CUERVO. La ley.

J. MART. La ley!

PER. Y con qué derecho
vais á prender, ruin canalla,
á quien espuso su pecho
en los campos de batalla?
Aquel que con lealtad
tan solo un recuerdo evoca,
lanzando ardiente su boca
un ¡viva la libertad!

CUERVO. Decir eso es inaudito:
que conspirais contra el rey
y jamás puede la ley
consentir ese delito.
Por lo tanto, al general
acompañareis tambien.

PER. Me hace el Cuervo hoy un gran bien
pensando en hacerme mal!
Delito dices que es?

CUERVO. Más que delito, es locura.

PER. Quien la salvacion procura
de su pátria, vil francés,
no comete atroz delito
al demostrar la verdad;
que Dios ha dejado escrito
con su sangre ¡libertad!

CUERVO. Yo no os conduzco á prision
porque esto me agrade; así

no podrán decir de mí
que falto á mi obligacion.

PER. Comprendo el ciego interés;
que á pesar de aquese traje
se vé oculto el necio ultraje
del vil espía francés.

CUERVO. Acabemos; harto cara
esa frase os costará;
en la cárcel se os leerá
vuestra sentencia bien clara.
Yo me reiré del dolor
de dos víctimas que dejo:
alguna vez el conejo
se convierte en cazador.

PER. Jamás al dolor me postro,
porque soy robusto y fuerte:
no soy cual tú, que la muerte
llevas pintada en el rostro.

J. MART. Déjale, mi buen amigo,
que más mi desdicha labras;
deja decir dos palabras
cara á cara al enemigo.
Mal contienes el coraje (Al Cuervo.)
que emponzoña el corazon;
tú hiciste á España traicion,
digno de tí es ese traje.
Seguí en la guerra tu pista,
mas no te encontré, cobarde!
Por qué has venido tan tarde
trasformado en realista?
Por qué, pues, en mi camino
no te pusiste de frente,
y te jactas de valiente
siendo solo un asesino?
Un asesino! A fé mia
que siempre te lo diré:
aún en tu diestra se vé
la sangre de Juan García!
Y aún quieres, hombre malvado,
proseguir tu atroz venganza?
Acaba, sin más tardanza,
prendiendo al Empecinado!
No pienses que me resista;

fuera inútil la jornada,
pues temo manchar mi espada
con sangre de realista

CUERVO. Vuestra espada! Lo primero
que exijo en nombre del rey;
ya que os castiga la ley,
es que entregueis el acero.

PER. Algo mi pecho barrunta
con este inícuo traidor;
dásela Juan, sí, señor;
más dásela por la punta.
De una estocada al infierno
mándale, pronto por Cristo!

CUERVO. Tal ultraje no resisto!
La espada pide el Gobierno!

J. MART Tómala!! (Dándosela despues de vacilar.)

CUERVO. Seguidme pues.

PER. (Reparando en la ventana que está abierta.)
Ah! que idea soberana!
Está abierta la ventana,
para qué quiero los piés?
Si eludo el bulto por fin
y no me logran pescar,
quizá le pueda salvar
esta noche á Juan-Martin.
(Logrando ponerse junto á la ventana.)
Si mi prision te interesa
sufrirás dolor acervo:
adios, maldecido Cuervo,
que te se escapa una presa. (Saltando por la ventana.)

CUERVO. Soldados, á él! Me arde
la cabeza! Blas ha huido
y escaparse ha conseguido,
mas vos pagareis.

J. MART. Cobarde!

CUERVO. (Dirigiéndose á los voluntarios realistas.)
Salgamos con gran presteza;
custodiarle sin cesar:
el que le deje escapar
responde con la cabeza!
(Se llevan los voluntarios al Empecinado, demostrando el Cuervo gran satisfaccion.)

# ACTO QUINTO.

Prision que comunica por el foro con la capilla, distinguiéndose un altar con un crucifijo y dos velas encendidas.—Un centinela en la puerta del foro y otro en la de entrada de la prision.—Al levantarse el telon aparece Blas Peroles sentado en un banco, ocultando la cara entre las manos mientras se lee dentro un pregon.

**CUADRO PRIMERO**

## ESCENA PRIMERA.

UNA VOZ. (Dentro.)
«La Sala del Crímen de la Real Chancille-
»ría de Valladolid, ha impuesto pena de
»muerte en horca á Juan Martin el Empe-
»cinado, por delito de rebelion y alta trai-
»cion.»

PER. La toga del magistrado
manchas así, juez indigno,
llamando traidor al hombre
que, valiente y leal patricio,
grabó en la historia de España
cien páginas de heroismo!
Y la pátria agradecida,
como si fuera un bandido,

le manda matar en horca!...
Pero no... La pátria he dicho?
Cómo ha de querer la madre
que muera su mejor hijo?
Son los sectarios del crímen
que engendra el absolutismo,
ese mónstruo que aún respira
para vergüenza del siglo,
los que con sangre ahogar quieren
de libertad los instintos,
cuando es el riego de sangre
el más fecundo, el de Cristo!

## ESCENA II.

Peroles. Damiana. Centinela.

Cent. No se permite pasar
sin una órden por escrito.
Dam. Aquí está.
Cent. Pues adelante;
pero esperar es preciso.
En la capilla está el reo
poniéndose bien con Cristo.
(Damiana se sienta en el banco donde antes estaba Peroles).
Per. Una mujer que querrá
despedirse de mi amigo...
Y sus sollozos revelan
que el dolor es infinito.
Pobre Juan! Quién no ha de amarle?
Miserables!
Dam. Asesinos!
Per. Esa voz?... Damiana!
Dam. Blas! (Pausa).
Per. Suspende tus gemidos,
que él de valor nos dá ejemplo.
Dam. Es infausto su destino!
Per. Tienes razon: merecia
otra suerte el gran caudillo
que al rey le dió su corona
ganándola al enemigo

y hoy el rey le paga, dándole
la corona del martirio.

**Dam.** Yo no pierdo la esperanza:
su madre á Madrid ha ido
á llevar al mismo rey
un memorial.

**Per.** Qué delirio!
Aunque llegara hasta el trono
ese acento dolorido,
el indulto no vendria,
porque el huracan político
pretende arrancar las raíces
de todo lo honrado y digno.

**Dam.** Escucha, Blas, la lectura
de su memorial sentido:

«Oid, señor, á una madre desgraciada. Si »vós no hubiérais dejado vuestro trono y »vuestro pueblo, el hijo de mis entrañas »seria un honrado labrador que me sos»tendria con su trabajo, y viviria conmigo »hasta que me cerrase los ojos. Para saca»ros de Francia y volveros al trono tomó »mi hijo las armas, y tales cosas hizo, que »al poco tiempo era general. Si no lo hu»biera sido, si no hubiera abandonado su »casa y su labor para defenderos, no cor»rería ahora ningun peligro. Quitadle, »señor, la faja que él se ganó y que las po»cas veces que se la puso se la veia yo con »más estrañeza que gusto; dejadle como »estaba el año ocho; quitadle todo lo que »ganó en la guerra, menos sus gloriosas »cicatrices que nadie le puede quitar: pero »mirad, señor, que si quitais la vida á »quien tanto debeis, más daño habeis de »hacer á vuestro trono y á vos mismo, que »el que hareis á esta pobre mujer; porque »yo moriré enseguida que mi hijo, y vos »llevareis eternamente en la frente la man»cha de su sangre, y esa mancha acompa-

»ñará vuestra memoria, que será maldeci-
»da por todas las madres.» (1)

PER. Vano lamento! La suerte
de Juan Martin está echada.
DAM. Morir!
PER. Sí; su pobre madre
no podrá ver al Monarca...
y más vale que esté ausente.
DAM. Con que no hay una esperanza?
PER. Ninguna. Quieres saber
quién es el que da la guardia
para custodiar al preso?...
Pues es el Cuervo, Damiana.
DAM. El Cuervo?
PER. Sí, el asesino
de Juan García: un alma
que enjendró el mismo demonio.
Cuando acabó la campaña
pudo burlar el infame
mis proyectos de venganza,
pasando los Pirineos
é internándose en Francia;
pero el año veintitres,
al sucumbir en España
la libertad, regresó
con la gente afrancesada,
y de ca itan realista
aquel traidor sentó plaza,
y á prender á Juan-Martin
ofrecióse sin tardanza.
Desde entonces ni un momento
ha abandonado la guardia
del que fué amigo y paisano,
siendo su perfidia tanta
que en más de dos ocasiones
le ha escatimado hasta el agua.

(1) Este documento está copiado literalmente de los apuntes que acerca del Empecinado publicó en 1862 D. Salustiano de Olózaga.

DAM. Cómo nos permite entrar
hasta su prision?
PER. Me extraña
á mí tambien, y estoy
temiendo alguna emboscada.
DAM. Qué nos puede suceder?
PER. Bueno de seguro, nada.
DAM. Quiero ver á Juan Martin.
PER. Aunque hereje se le llama,
con un fraile en la capilla
está los pliegues de su alma
investigando con fé.
No tiene que echarse en cara
más que haber sido muy bueno,
demasiado bueno!..
DAM. Calla.
PER. No sé lo que digo; á veces
una voz me grita: mata;
y cuando al Cuervo entrar veo,
mi propia carne desgarran
estos dedos que se crispan
por el ódio y la venganza;
pero hablemos de otra cosa.
Aún no me has dicho, Damiana,
qué ha sido de tí en el tiempo
que pasó?
DAM. Busqué mi casa,
y sólo escombros hallé.
Mi madre, la triste anciana,
sin hogar, con hambre y frio,
por los caminos vagaba.
Corrí en su busca y con fé,
al poco tiempo la casa
pude levantar, borrando
con mi trabajo sin tasa
las huellas devastadoras
que á su paso dejó Francia.
Soy mujer de un labrador
que me considera y me ama,
y á un hijo que hemos tenido
enseñó desde su infancia
á que ame primero á Dios,

despues á su noble pátria,
y luego al Empecinado,
honor y gloria de España.
Cuando supe que de muerte
fué la sentencia dictada,
dije á mi marido: voy
á verle, que Damiana
no ha de ser con Juan Martin
ni olvidadiza ni ingrata;
y aquí me tienes yá, Blas,
dispuesta á entrar en campaña
contra todo el mundo, si eso
á darle vida bastára.

PER. Venga esa mano, mujer
generosa y esforzada.
Eres de la misma sangre
de aquella zaragozana
que el heroismo enseñó
envuelta en fuego y metralla;
pero en las luchas políticas
no sirve el valor de nada.
A sangre fria los hombres
se destruyen y se matan!

## ESCENA III.

PEROLES. DAMIANA. EMPECINADILLO y UN CENTINELA.

CENT. El permiso!

EMP. Aquí lo tienes! (Entrando.)
Dónde está el Empecinado?
Quiero verle.
(Reparando en Peroles y Damiana.)
Padre mio!
Damiana!

PER. Tú por aquí?

EMP. Claro:
en la vida y en la muerte
debe estar á vuestro lado
el hijo de las guerrillas,
aquél que hallándose huérfano

encontró una gran familia
en el vivac de un soldado.

**Dam.** Eres aquél pequeñuelo?

**Emp.** Ya me habías olvidado!...
Pues yo aquí conservo siempre
desde mis más tiernos años,
con la imágen, el amor
de vosotros. Un abrazo!
Y mitigad vuestra pena.
Salvaré al Empecinado,
aunque pegue fuego á Roa
por todos cuatro costados.

**Per.** Qué dices?

**Emp.** Que tengo fuera
algunos de nuestros bravos
guerrilleros, que aquí acuden
como si fueran llamados
por Dios para defender
lo más precioso y más santo,
á su general, que quieren
asesinar para escándalo
y vergüenza de la tierra
de *Padilla* y *Maldonado*.
He visto á nuestros amigos,
sus casas abandonando,
recorrer estos contornos,
taciturnos, cabizbajos.
Quieren intentar salvarle.
He reunido yo un puñado
de esos valientes, y están
una ocasion esperando,
para morir todos juntos
ó á su general llevárselo.
Y de ello somos capaces
y lo haremos.

**Dam.** Bravo! bravo!

**Emp.** Yo he seguido en el ejército
y á capitan he llegado;
preciso es que el general
salga de aquí.

**Per.** Habla bajo,
y así llevar no te dejes

de tu jóven entusiasmo,
que esas imprudentes frases
nos pueden costar muy caro.
Sabes quién es el que guarda
hoy aquí al Empecinado?

EMP. Aunque sea Lucifer!

DAM. Bastante tiene de diablo.

PER. Es el Cuervo!

EMP. Pues me alegro!
Verá usted cómo le mando
á que purgue todas juntas
al infierno. Con que vamos
primero á verle un momento,
y cuando le dé un abrazo
le diré al oido: esperanza,
que estamos todos abajo!
Por qué no entramos?

PER. Porque
está con el fraile orando.
Cuántos son los guerrilleros
que en la calle has encontrado?

EMP. Cincuenta; la flor y nata
de un ejército de bravos.

PER. Vaya, daremos el golpe!

EMP. Eso es más que averiguado.

PER. No me inspira fé la empresa,
mas aunque venga un fracaso
acometerla debemos.

DAM. Yo tambien serviré de algo.

PER. (Al Empecinadillo.)
Ahora es preciso que salgas.

EMP. Sin ver al Empecinado?

PER. (Mirando por una ventana).
Los voluntarios realistas
en la calle están formando.
No hay que perder un momento.
Anda á reunirlos, muchacho,
y cuando hable á Juan Martin
díles que estaré á su lado.

EMP. Voy corriendo.

CENT. Atrás?

EMP. Qué dices?

CENT. Que no se permite el paso.
La consigna es que salir
no se deje á nadie.
PER. Estamos
cogidos!
EMP. Yo pasaré.
CENT. Atrás! Atrás! ó disparo!
PER. Ahora me explico por qué
entrar aquí nos dejaron.
DAM. Y qué hacemos?
EMP. Es preciso
que á toda costa salgamos.
(Al escuchar la voz del Empecinado todos se detienen).

## ESCENA IV.

DICHOS y el EMPECINADO.

J. MART. (Al fraile desde la puerta de la capilla).
Teneis razon, padre cura,
que se recobra la calma,
si la salvacion del alma
con fé el pecador procura.
Breves serán los momentos
que abandone la oracion;
pero es tambien religion
la amistad, los sentimientos
que el corazon guarda ufano. (Entrando.)
Aquí está mi pobre Blás
honrado como el que más,
mi buen amigo, mi hermano!
Tambien Damiana ha venido,
mi valiente cantinera!
Muchas gracias! Más valiera
no me hubiérais conocido!
Y éste jóven oficial?
PER. El hijo de las guerrillas.
EMP. Y que besa de rodillas
la mano del general.
J. MART. Tendré que daros valor?
PER. Tenemos hecho pedazos

el corazon.

J. MART. En mis brazos
hallareis calma.

EMP. Señor,
para vencer ó morir
están abajo reunidos
guerrilleros escogidos.

J. MART. No lo puedo consentir!
Es imposible la empresa.

EMP. Mi general, no me enervo;
haremos que suelte el Cuervo
su tan codiciada presa.

DAM. Olvidas que la salida
el centinela no allana?

EMP. La reja de la ventana
romperé, sí, por mi vida!

J. MART. Tamaña resolucion
es loca y es impotente.
Yo mando que no se intente
mi imposible salvacion.
Es tu edad tan juvenil
que ignoras quién ha mandado
que muera el Empecinado
en horca afrentosa y vil?
Escucha, pues, muy atento
lo que de mis lábios salga,
y que de herencia te valga,
pues que dicto el testamento.
Yo nací en humilde cuna
y liberal fué mi grey;
amé mucho á Dios y al rey
y me amparó la fortuna
arrollando en guerra leal
las huestes de aquel gigante
que paseó siempre triunfante
su negra águila imperial.
Cuando acabó la campaña
y de general me ví,
en mi honrada fe creí
que nada hice por España;
pues si sangre derramé
luchando con gran ventaja,

me pagaron con la faja
que vanidoso acepté;
y en vez de tener por norte
la humildad de mi linaje,
á mi madre hice un ultraje
cuando me marché á la córte.
Allí no me ví cobarde
al mirar que disputaba
la opinion de *Calatrava*
con otra de *Calomarde*.
Yo me uní á los *Calatravas*,
á los *Argüelles*, *Torenos*,
á los dignos, á los buenos
que en Cádiz pusieron trabas
con nobleza y con civismo
á la invasion extranjera,
y entonces decian: Fuera
de España el absolutismo!
Todo absoluto poder
con anhelo combatí,
que hijo del pueblo nací
y hube liberal de ser.
Tres años de prision llevo,
de insultos, de cruel encono;
mas hoy á todos perdono,
por que perdonarles debo.
Y en este triste momento,
sin ódio en mi corazon,
el acto de contricion
hago con mi testamento.
Pobre nací, pobre muero,
y si honrado vine al mundo,
de serlo, ni un segundo
he dejado; á todos quiero.
Y el no ver aquí á mi madre
que me dé su bendicion,
recibo en espiacion,
aunque mi alma taladre.
Por qué no oí su consejo
cuando me llamó á su hogar?
Ya soló me resta orar.
Adios; para siempre os dejo.

(Aparece el verdugo seguido de una escolta, y el fraile se coloca en el dintel de la capilla.)

## ESCENA V.

JUAN MARTIN. BLAS PEROLES. DAMIANA. EL EMPECINADILLO. EL FRAILE. EL VERDUGO.

DAM. El verdugo!
J. MART. Sí, es la hora
de morir como cristiano.
FRAILE. (Aproximándose al Empecinado.)
Dios os llama á sí, hermano.
J. MART. Marchemos, pues, sin demora.
Más no; antes uno á uno
abrazadme. Tú primero,
Blas, amigo fiel, sincero,
valiente como ninguno.
Los dos de Aranda salimos,
los dos franceses matamos...
PER. Y los dos á morir vamos
ya que dos en uno fuimos.
J. MART. Calma tu llanto, buen Blas,
y no me hagas padecer;
tienes hijos y mujer;
de ellos apoyo serás.
(Abraza á Blas y se dirige Damiana.)
Siempre varonil y fuerte
fuiste, Damiana, y es justo
que hoy no te coja de susto
ver tan de cerca la muerte.
Escucha mi triste encargo
sin afligirte, Damiana.
Irás á ver á la anciana...
la dirás que el viaje largo
he emprendido en este punto;
que me dé su bendicion,
pues de una madre el perdon
llega al hijo hasta difunto.
DAM. De qué os ha de perdonar?
J. MART. Sus consejos no atendí.
DAM. Ella os ama, y yo la oí

en su delirio exclamar.
«Del rey gracia necesito;»
y en Madrid se halla por eso.

J. MART. Pobre madre! Dála el beso
que en tu frente deposito.
(La besa en la frente.)
Tú eres jóven, que el honor
(Dirigiéndose al Empecinadillo.)
en tu carrera te escude.

EMP. Pues el honor hoy elude
convertirme en un traidor,
y para obrar á mi antojo
haciendo de bueno alarde,
yo no sirvo á *Calomarde*
y hasta mi pecho despojo.
(Se arranca las cruces que lleva.)
Las gané como soldado
con poca aprension al miedo:
mas conservarlas no puedo
sin mirarme deshonrado.
(Las arroja al suelo.)

J. MART. La que premia es la nacion,
muy digna de mejor suerte.

EMP. Y quién decreta la muerte
de los héroes?

J. MART. La pasion
de los hombres y su encono.
Dispuesto estoy á morir.
Ya me podeis conducir.
(El verdugo se adelanta y se arrodilla delante de Juan Martin.)
Levántate; te perdono.
De la ley el brazo eres
que ejecuta, y si á la ley
torpemente falta el rey
no eres tú el que me hieres.

EMP. Juan Martin!

PER. Mi general!
(Se oye el toque de agonía.)

J. MART. Amigos mios... Damiana...
Adios, que ya la campana
anuncia mi funeral.

(Los tres abrazan al Empecinado, y éste, desprendiéndose de ellos, indica con la mano el momento de marchar.—El fraile se pone á su lado enseñandole un crucifijo.—La campana toca á intervalos á agonía.—Peroles, Damiana y el Empecinadillo permanecen algunos momentos en silencio poseidos del mayor dolor.)

## ESCENA VI.

PEROLES. DAMIANA. EL EMPECINADILLO y OFICIAL 2.°

PER. Vamos por aquí á salir
é intentar su salvacion.
OFIC. 2° Dáos todos á prision.
DAM. Queremos con él morir
OFIC. 2° Todos vuestros compañeros
acabamos de prender;
están en nuestro poder
los cincuenta guerrilleros.
PER. El Cuervo nos ha engañado
y en su red hemos caido.
Dile á tu amo, á ese bandido,
que aunque se acoja á sagrado
y con fe pida perdon,
por nuestro Dios immortal,
la hoja de mi puñal
llegará á su corazon.
EMP. Dónde vamos? (Al oficial.)
OFIC. 2° La órden es
que en la capilla esperemos.
EMP. Hay un crucifijo! Entremos (Mirando el altar.)
á jurar ante él los tres,
como postrera esperanza
en nuestro dolor acervo,
dar una agonía al Cuervo
digna de nuestra venganza.
PER. Y despues que á su cinismo
ejemplar castigo demos,
murió un esbirro, diremos,
del infame absolutismo.
(Entran todos en la capilla. Mutacion.)

CUADRO SEGUNDO.

Decoracion de calle. En toda la longitud del foro, y como formando la carrera, aparecen formados los voluntarios realistas al mando del oficial 1.º A intervalos cortos se oye el toque de agonía.

## ESCENA VII.

El Oficial 1.º y voluntarios.

(Desde dentro se escucha el siguiente pregon.)
»Por el Rey: Pena de la vida al que levan-
»tase la voz en favor del reo.»

Ofic. 1.º Oido, voluntarios. Firmes!
Arma al brazo, y atencion.
El Gobierno paternal
que nos manda y rije hoy,
ha dispuesto que en la horca,
por delito de traicion,
el Empecinado muera;
y nosotros aquí hoy
prestamos un gran servicio
al rey como á la nacion
el órden garantizando.
Si alguno alzare la voz
y pidiera por el reo
indulto, gracia ó favor,
lo que debemos hacer
nos lo manda ese pregon.
Ya llega el cortejo fúnebre.
Voluntarios, atencion,
que el Empecinado es hombre
temerario. Ojo avizor,
y empuñad vien los fusiles,
que entra aquí la procesion.

(La orquesta toca una marcha fúnebre, piano; y la campana de la agonía acentúa su sonido.—Aparecen los hermanos de la Paz y Caridad en dos filas precedidos de la cruz levantada.—Seguidamente cuatro soldados; despues el Empecinado, llevando

á su derecha al fraile, que le habla, enseñándole el crucifijo, detrás el verdugo; cerrando la marcha una escolta.)

## ESCENA VIII.

EL OFICIAL, voluntarios realistas, JUAN MARTIN, el acompañamiento prescrito y el CUERVO, que se coloca en un lado medio oculto.

J. MART. Qué aparato y precauciones
conmigo ostenta el Gobierno!
FRAILE. Hermano, pensad en Dios,
no en los mundanos recuerdos.
J. MART. Es verdad, razon teneis;
mas, padre mio, allí veo...
(Deteniéndose y señalando al Cuervo.)
uno de mi pueblo, un hombre
á quien decir algo quiero.
Despues que hable dos palabras
volverá mi pensamiento
al que en seis dias formó
este mundo que yo dejo.
Porqué te ocultas, Matías?
Porqué no me miras, Cuervo?
Que pedir algo no tienes
hoy á Juan Martin, al reo
que vá á pagar en la horca
*sus crímenes?*
CUERVO. (Bruscamente.) Nada tengo
que pedirte.
J. MART. Acabemos.
Morirás impenitente,
porque no cabe en tu pecho
ninguna virtud humana,
ni áun la del remordimiento.
No sé lo que digo!...
(Al fraile.) Oh! dadme,
padre mio, el que en el leño
murió perdonando á todos
sus enemigos; pues quiero,

débil gusano del mundo,
seguir su divino ejemplo.
(Toma el crucifijo de manos del fraile, y dá la señal de marcha. Todos se ponen en movimiento.)

CUERVO. Parece que el juez aquí
es él, y yo soy el reo.
Mas gozaré presenciando,
la muerte del que aborrezco!

## ESCENA IX.

PEROLES. EL EMPECINADILLO.

PER. Hemos burlado la guarda
de esos viles carceleros,
y en la calle estamos ya.
EMP. Pero tarde... Allí su cuerpo
suspenden en el espacio!!
PER. Maldicion!! Pero qué veo?
Agitado, presuroso
solo hácia aquí viene el Cuervo.
Misericordia divina!
Gracias! gracias!
EMP. Es el dedo,
del destino que señala
su fin terrible y siniestro.
PER. Destrocemósle en pedazos!
EMP. Hagamos trizas su cuerpo! (Se ocultan.)

## ESCENA ULTIMA.

DICHOS, y EL CUERVO.

CUERVO. Ya murió!!
(Blas y el Empecinadillo le cojen violentamente uno de cada brazo, y le dan de puñaladas.)
EMP. Toma, asesino!
PER. Toma, infame, traidor, réprobo!
CUERVO. Muerto soy!( Cayendo.)
EMP. Por fin caiste!
Si este no ha ido á los infiernos

hasta Felipe segundo
está gozando del cielo!
PER. Hijo mio, un héroe ha muerto.
Le mató al obsolutismo!
Juremos hacer lo mismo
con sus verdugos.!
EMP. Es cierto,
y uno su infamia ha pagado.
PER. Hacen falta muchos más.
A cientos morir verás,
¡Venganza al Empecinado!!

FIN.

# OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

PROPIEDAD DE

## MANUEL CUARTERO



EN TRES Ó MÁS ACTOS.

*Juan Martin el Empecinado.*

EN DOS ACTOS.

*Escupir al Cielo.*

EN UN ACTO.

*Conspirador y Asesino!*
*El Sereno del Barrio.*
*Las Travesuras de Lola.*
*¡Malditas Mujeres!*

**Zarzuelas.**

*El Gran Artista.* (Mitad.)
*Sonó la Flauta...*

## PUNTOS DE VENTA.

### MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Gerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

### PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

### PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

### FRANCIA.

*Mr. Louis Bathlot*, editor de Música, Rue de l' Echiquier 39.—París.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, París.

*Mr. L. Rollot*, Rue du Faubourg-Montmartre; 17.—París.

### ALEMANIA.

*Dr. Eduard Engel*, Redactor del MAGAZIN FÜR DIE LITERATUR DES AUSLANDES.—35 Königin Augusta-Strasse.—Berlin, W.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 8 reales.